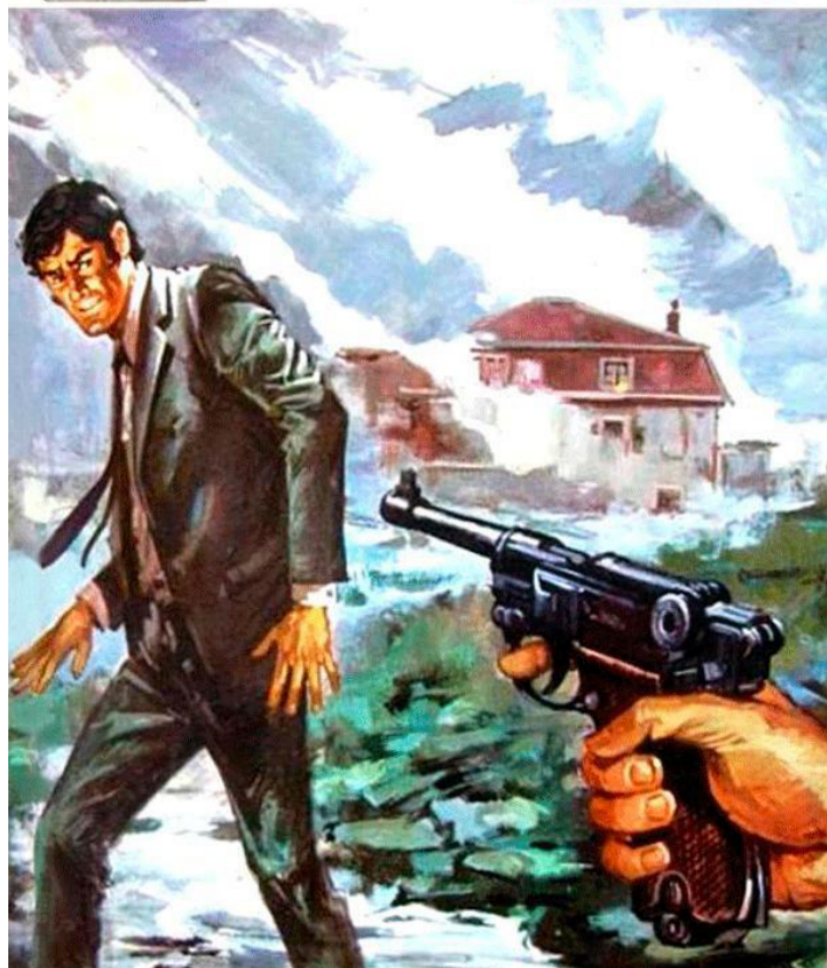


BOULEVARD BRUGUERA
PUNTO
ROJO

se alquila una pistola

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK MCFAIR

**SE ALQUILA
UNA PISTOLA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 557
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Dépósito legal: B 43.574 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1972

© FRANK MCFAIR, 1972
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.285. —Dama.

En Colección PUNTO ROJO:

546. —Macabro en si menor.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.165. —En Harlem, algo se masca.

En Colección BRAVO OESTE:

530. —Solo una india muerta.

En Colección KANSAS:

687. —Allí donde el oro brilla.

En Colección CALIFORNIA:

769. —Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628. —De una misma sangre.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

95. —Diamantes para cuatro.

En Colección COLORADO:

718. —Los Donovan presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

72. —La pista del muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha se puso violentamente en pie, con las manos extendidas hacia adelante.

El hombre, cogido de improviso, cayó hacia atrás y quedó sentado en el suelo.

Entonces ella se echó a reír. No era una risa de alegría sino de burla.

—Ahí es donde debería estar siempre —le dijo mientras él trataba de ponerse en pie, cogiéndose a una pequeña mesita de madera japonesa. Estuvo a punto de volcar el mueble.

—Así, arrastrándose como los gusanos.

Los ojos del hombre brillaban de humillación. Tendría unos cuarenta y cinco años y el pelo le escaseaba ya en la coronilla. Vestía de etiqueta y su vientre comenzaba a perder esbeltez, aunque hacía lo posible por ocultarlo.

—Me las vas a pagar —dijo, articulando lentamente las palabras. Ella rió de nuevo.

También vestía de noche, pero no tenía cuarenta y cinco años. Ni siquiera veinticinco. Era de mediana estatura, cintura estrecha, caderas en forma de ánfora y pecho erguido.

Evidentemente el precio que pagara por el vestido no había sido calculado en pulgadas cuadradas. Tenía muy pocas de éstas y había costado muy caro.

—¿Se las voy a pagar, dice? —preguntó mientras el hombre acababa de ponerse en pie.

Él tenía la cara enrojecida por el alcohol y la rabia.

—Por favor, no se ponga melodramático. ¿Qué tengo que pagarle?

—Eres una perra —respondió él—. No eres más que eso, una perra polaca.

Lo miró burlonamente. Tenía los ojos muy verdes y el cabello

muy rubio, casi blanco. Lo llevaba cortado muy corto. El extraño corte de su cara, casi triangular, le daba un atractivo extraordinario. Felino, gatuno, pero muy atractivo.

—Vete —articuló el hombre penosamente.

—De acuerdo.

Ella le volvió la espalda y se alejó, taconeando airosamente.

—Espera —dijo él.

Se puso en pie. Jadeaba ligeramente.

—Espera —repitió—. No pensarás que te voy a dejar marchar así, ¿verdad?

Ella alzó mucho las cejas.

—¿No? Y ¿cómo se las va a arreglar para impedirlo? Mire, precioso: no pienso discutir. Me voy a marchar.

—Después de lo que has hecho conmigo no volverás a trabajar en el club.

Ella se encogió de hombros. No obstante, una expresión de alerta apareció en sus ojos.

—Ni en ningún club de la ciudad. De eso me voy a encargar yo.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Me marcharé de la ciudad, encanto. El país es grande y las muchachas con talento siempre se las arreglan de alguna forma.

—No trabajarás en ninguna parte —repitió él rechinando los dientes.

—Bueno, pues me parece muy bien. Y ahora, si le parece, terminaremos la charla. Usted no tiene la culpa, encanto, pero me aburre. Es terriblemente aburrido.

El timbre de la puerta sonó.

—Aprovecharé mi salida de escena para abrir a quien sea —dijo ella.

—Estate quieta. Abriré yo.

El hombre salió de la habitación.

La muchacha se encogió de hombros, cansada, y súbitamente se le ocurrió que necesitaba un trago.

Se aproximó a la mesita que el hombre había preparado con botellas y una fuente de emparedados, y se sirvió un poco de *whisky*.

Le añadió soda mientras escuchaba distraídamente la voz del hombre en el vestíbulo.

Luego oyó otra cosa.

Fue como si alguien se hubiese tirado algo contra el suelo, algo recubierto de tela o hubiesen destapado una botella.

Después, el ruido de la puerta al cerrarse.

—Es inútil que cierre —dijo en voz alta mientras se llevaba el vaso a los labios—. Voy a salir. No tengo ganas de seguir discutiendo.

Al ver que el hombre no volvía ni hablaba, se dirigió hacia el vestíbulo. La habitación era grande, cuadrada y tenía en lugar de puerta un arco que daba directamente sobre el *hall*, y cerrado por una pesada cortina.

Al llegar al arco, se detuvo. Sus ojos se abrieron mucho. El vaso que sostenía en la mano resbaló entre los dedos y cayó sobre la alfombra.

Porque el hombre estaba tirado en el suelo, cerca de la puerta, en una extraña postura.

Un charco escarlata, que se agrandaba junto a su pecho, salía por debajo de su cuerpo.

—Dios bendito —susurro la muchacha.

Se acercó al hombre. Éste había caído de bruces sobre el suelo, con las piernas encogidas y los brazos extendidos.

No necesitó tocarlo. Estaba muerto y lo sabía.

—Dios... —volvió a decir.

Y de súbito, un terror loco se apoderó de ella.

Volvió al salón, cogió su bolso y el abrigo de piel y se precipitó de nuevo al *hall*. Al poner la mano en el pomo de la puerta, el temor de que «quien fuera» estuviese al otro lado de la puerta la invadió.

Pero no fue bastante para detenerla. Abrió la puerta y salió al pequeño jardín bordeado de un seto vivo. La ligera y fría lluvia le dio en la cara.

Corrió hasta la calzada cerrando la puerta tras de sí. Jadeante, se detuvo. En la estrecha calle, los setos de las demás casas, casi todas iguales, le parecieron un muro amenazador. El farol más cercano estaba casi a veinte; yardas.

Con las piernas vacilantes, las recorrió. En la esquina se volvió. Nada. Con un suspiro que era casi un sollozo se dirigió hacia Main Street.

Cuando llegó a la gran arteria se detuvo de nuevo y procuró regular su respiración. Un taxi que llegaba lentamente, pegado a la acera, se detuvo a su lado y ella lo llamó.

Y fue en el momento en que se encontró dentro del coche cuando comprendió que había sido una estúpida.

Pero la cosa ya no tenía remedio.

La mano con la que encendió el cigarrillo temblaba y el conductor lo notó al mirarla por el retrovisor.

—¿Le ocurrió algo? —preguntó.

Ella movió la cabeza negativamente.

«Nada, apenas», pensó procurando contenerse para no empezar a gritar.

«Nada sino que han matado a un hombre delante de mí, casi ante mi vista y...»

No quería pensar en ello, pero sabía que había estado también muy cerca de la muerte. El hecho de que el muerto fuera un hombre en el que no podía pensar sin repulsión no variaba en nada las cosas. Por el contrario, quizá las agravase.

—Y sin embargo —dijo en voz alta—, ¿qué podía hacer yo? ¿Qué diablos podía haber hecho yo?

Se encendió un foco que iluminaba el escenario con un resplandor rojizo y la muchacha asomó por entre las rojas cortinas su pierna derecha, calzada con un zapato plateado.

Lo agitó un momento al compás de la música y luego, lentamente, fue asomando el resto de la pierna, cubierta con una fina malla roja.

Hacía ya veinte noches que ejecutaba el mismo número y la gente no parecía cansarse.

Bailaba y... desaparecía. Las luces volvían a encenderse y se desencadenaba una salva de aplausos. Dos rayos de luz convergían sobre la orquesta, formada por diez músicos y la pista de baile quedaba libre para las parejas.

—Has tardado muy poco en asomar la pierna —le dijo el segundo violinista cuando la joven pasó por su lado. Él se preparaba en ese momento para tomar su puesto en la orquesta.

Avril se agachó a mirar una de las mallas, tapada a la vista del público por el cortinaje.

—No estoy de humor para entretener a esos bribones —dijo—.

Que les miren las piernas a las fulanas que vienen con ellos.

—Pero a ti te pagan por enseñar las tuyas —respondió el violinista.

Era un hombre de mediana estatura, de pelo gris y cuyo uniforme no le sentaba muy bien. Tendría unos cuarenta y cinco o cincuenta años.

La miró seriamente, como un búho.

—¿Te ocurre algo, Avril? —preguntó.

Ella le devolvió la mirada, abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Nada. ¿Por qué? ¿Qué podría ocurrirme?

—Y yo qué sé. Pero si... Bueno, ya dices que nada te ocurre, pero si te ocurriese...

Ella le dio un golpecito rápido con la punta de los dedos en la afeitada mejilla.

—No te preocupes, Lenny. Vuelve a tu puesto.

Un camarero se acercó a ellos y se dirigió rectamente a la joven.

—Hay dos hombres que quieren verla, *miss* Renton.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Lenny.

Bajo la capa de afeites que cubría sus mejillas, ella estaba blanca como el papel.

—¿Qué... qué quieren? —preguntó.

—Hablar con usted —respondió el camarero—. Están en la puerta de su camerino.

—Si te puedo ayu... —comenzó Lenny.

Pero no llegó a terminar la frase. Ella se alejaba rápidamente.

Los dos hombres, en efecto, la esperaban a la puerta de su minúsculo camerino. Eran altos y llevaban sombreros y gabanes.

La mirada que le dirigieron no era admirativa, sino profesional.

—¿*Miss* Avril Renton? —preguntó uno de ellos.

La joven abrió la puerta del camerino. Uno de los hombres se colocó ante ella, como si fuera a impedirle el paso.

—Yo soy —respondió ella—. ¿Es que no me van a dejar entrar ahí dentro y vestirme?

—Claro que sí. Después tendrá que acompañarnos, *miss* Renton.

—¿Adónde?

—A la Jefatura de Policía.

El hombre sacó la mano del bolsillo y le enseñó una placa.

—Lo siento —agregó rutinariamente. Por primera vez pareció

fijarse en la figura de la joven.

—Supongo —dijo el otro—, que «eso» no tendrá otra salida además de ésta.

Avril entró en el camerino y se apoyó contra la pared. Sentía que las piernas se le habían convertido en goma.

«Estúpida, estúpida, estúpida», pensó con desesperación.

Pero era una mujer demasiado animosa para dejarse abatir.

«Estás cogida, muchacha», se dijo.

Diez minutos después, y luego de dejar una apresurada nota al jefe de programas, salía del Joey.

Había dos hombres frente a ella y algunos más diseminados por la habitación.

No podía verlos bien, porque el foco que habían encendido frente a ella se lo impedía.

Uno de los que se sentaban al otro lado de la mesa era el que dirigía el interrogatorio.

—Así que Avril Renton no es su nombre —afirmó por segunda o tercera vez.

—No —respondió ella. Sabía desde el primer momento que mentir no le iba a servir de nada. Además, no le gustaba mentir.

—¿Por qué la llaman así?

—Porque es un nombre que... porque elegí ese nombre cuando comencé a trabajar en los clubs nocturnos. Mucha gente lo hace y no es un delito. Nombre artístico. Tal vez hayan oído hablar de que Gary Grant no se llama así, en realidad.

El hombre pasó por alto la ironía.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—María Boritski. Comprenderá que con ese nombre no iba a... Pero todo esto ya se lo he dicho a usted o a otro.

—¿Qué hizo usted anoche?

—Dormir. ¿Y usted?

—¿Qué hizo exactamente entre las ocho y las once?

«No mientas», le aconsejó una vocecilla interior.

Aquella vocecilla ya le había metido en algunos líos otras veces, pero se decidió a seguir su consejo. Por otra parte, ¿qué podía hacer? ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Estuve con un amigo... Bien, mire, ¿qué tal si le cuento toda la historia? Y será la tercera vez si es que no me he olvidado de

algo, con tantas preguntas.

—Depende de qué historia nos vaya a contar. Queremos la verdad, *miss Boritski*.

—Si les digo la verdad, ¿podré marcharme?

—Usted diga la verdad, *miss Boritski*. Nosotros nos ocuparemos del resto.

—La verdad, *miss Boritski*. Queremos la verdad.

—Pues ahí va: Mi amigo me invitó a tomar una copa en su casa antes de la función de la noche. Yo acepté porque... Bueno, porque el hombre insistía y se había empeñado en regalarme algunas cosillas...

Se encogió de hombros.

—El caso es que fui. Llegamos a su guarida, y ya sabe cómo son esas cosas.

—No, no lo sé, *miss Boritski*. Espero que me lo diga usted.

—Hombre, inspector, hay cosas que una muchacha no puede decir... —Se arrepintió—. Bien, no quiero que crean que lo estoy tomando a broma. El caso es que se puso pesado, y comenzó a arrastrarme el ala. Yo le dije que no había nada que hacer y él insistió, continuó insistiendo. Y...

—Y usted le pegó un tiro —dijo uno de los hombres que hasta entonces había estado apoyado en la pared—. Usted sacó una pistola y lo mató.

—¿Está usted loco?

—¿No lo mató?

—¡Pues claro que no! Yo...

—Él se puso muy pesado y usted lo mató.

—Si tuviera que matar a todos los que me han pedido lo mismo y se han puesto pesados... —respondió ella con amargura—. ¿No podrían apagar esa luz? Me estoy quedando ciega.

—Vamos, diga lo que ocurrió.

—Llamaron a la puerta... y bueno, ya sé que va a sonar a mentira; pero ¿qué diablos quieren que les diga si me piden la verdad? El caso es que llamaron a la puerta y...

—Un momento. Díganos cómo se llamaba su amigo y de qué lo conocía.

—No es... no era —se corrigió— amigo mío. Era... era una especie de contable del Joey Club y de algunos otros sitios así. Al

menos es lo que oí decir Hizo una mueca.

—Era un tipo que ganaba mucho dinero y que parecía estar convencido de que todas las muchachas teníamos puesto un ojo en su cartera y el otro en su certificado de soltería. Era un... bueno, supongo que no se debe hablar mal de los muertos, pero era un cerdo. —No se preocupe de eso. Díganos qué ocurrió.

Un hombre había entrado en la habitación y tendió un papel al que la interrogaba. Éste lo leyó, lo dejó aparte, sobre la mesa, y vuelto boca abajo.

—Vamos, *miss* Boritski. Sigamos.

—El caso es que llamaron a la puerta. Yo iba a tomar el último trago, cuando oí que él hablaba con alguien y que luego algo caía al suelo.

Hizo una pausa.

—Siga, *miss* Boritski.

—Después la puerta de entrada a la casa se cerró. Entonces me acerqué al *hall* y... allí estaba, tirado, saliéndole sangre de debajo del cuerpo.

Se estremeció y se tapó los ojos con las manos. No fue un gesto teatral.

—¿Qué más quieren? —preguntó—. No les puedo decir nada más, así me ahorquen...

Se detuvo, asustada. Hay cosas que no se deben, nombrar siquiera cuando a una la están acusando de haber matado a un tipo.

—*Miss* Boritski —dijo el hombre—. Usted estuvo condenada por robo, hace cinco años, ¿no es verdad? Eso fue en Saint Louis.

—Sí... sí, claro, me parece que es estúpido que lo niegue.

—Robó usted un vestido en una casa de modas donde trabajaba. Fue condenada a tres meses de prisión. Lo sabemos porque en la casa del muerto encontramos un vaso con sus huellas. Estaba en el suelo, sobre la alfombra. Pedimos los datos y nos enteramos de lo de su condena.

—Sí, y después no he...

—Lo sabemos. Pero esto no le va a ayudar en nada.

—¿Qué hizo usted con la pistola después de que liquidó a Barry? —preguntó otro de los policías.

María se volvió hacia él, sin poder verlo, a causa de la violenta luz del foco.

—¿Yo? Pero si... ¿No le estoy diciendo? Yo no tenía pistola alguna.

—¿Vivió mucho el tipo después de que usted lo liquidó?

Las preguntas se sucedían como trallazos, y venían de todas partes. María golpeó la mesa con la mano.

—¡No! —gritó.

Con un esfuerzo, se dominó.

—Vean, no maté a míster Barry. Sé cómo manejar a un hombre cuando se pone pesado. No necesito matarlo para ello. La verdad es la que les he contado a ustedes.

El hombre que había recibido la nota se puso en pie.

—Pueden llevársela —dijo.

—¿Estoy... estoy detenida?

—Sí, *miss* Boritski. Lo siento, pero no tengo más remedio que detenerla.

Ella respondió con amargura:

—No creo que lo sienta ni tanto así, pero qué le vamos a hacer. Le aseguro, si le vale de algo, que no maté a míster Barry, y que les he contado la verdad. Pero ya he oído hablar de inocentes a los que colgaron aunque repitieran que lo eran.

—Pueden llevársela, muchachos.

Y sacaron a María. El policía volvió el papel y dijo:

—Hagan entrar a ese hombre.

CAPÍTULO II

Era de estatura alta, ancho de hombros, pelo oscuro y ojos azules.

—Soy Keller, del Departamento del Tesoro —dijo, estrechando la mano del policía.

—Mi nombre es Beaton —respondió el inspector—. Encantado de conocerlo.

Un momento después estaban en el despacho del inspector.

—Supongo que se habrá cruzado con la chica que llevaban mis hombres. Es la sospechosa número uno.

—¿Mató ella a Barry?

—No lo creo, pero pudiera encubrir a alguien. Quería pisar terreno firme y la hemos «cocinado» un poco. Suave, con arreglo a la ley. Nada que hubiera podido llamar la atención de los periódicos.

—¿Quiere hacerme un favor, inspector? Póngala otra vez en el potro. Quiero ver cómo contesta a estas preguntas.

El inspector vaciló.

—¿Es necesario? Parece una chica con arrestos, pero le digo de veras que no me gustaría... No vaya a creer que soy un sentimental. Han pasado muchas fulanas por la mesa de abajo y en muchos casos no he tenido inconveniente en «cocinarlas». Ésta... ésta se defiende con las únicas armas que posee.

—Bien, podemos dejarlo para mañana. Ahora le voy a decir unas cuantas cosas. En primer lugar, ¿qué saben de Barry?

Beaton se recostó en su silla y encendió un cigarrillo. Recitó:

—Era contable de Bartolomeo Marino. Le llevaba la administración de unos cuantos de sus *cabarets* y se preocupaba de taparlo en todos sus negocios sucios. Lo corriente en estos tipos. Eso sí, como contable era una verdadera joya.

—Lo sé —asintió Keller—. Nunca le hemos podido meter el

diente a Marino en ese aspecto, gracias a Barry. ¿Nada más? ¿Qué hay de la amiguita?

—¿La chica Boritski? Insiste en que Barry sólo le compró algunas chucherías. Ya sabe, de esas que nuestras mujeres no tendrán, a menos que dejemos de ser honrados. A veces, confieso que vacilo, con las tentaciones que esos bastardos ponen delante de nuestros ojos.

—Soy soltero —respondió Keller sonriente.

—Bueno, eso es lo que dice ella. Estaba con Barry, que había tomado algunos tragos de más y que parecía empeñado en cobrarse sus regalillos. Ella lo rechazó. Llamaron a la puerta, ella se tomó un trago y el visitante mató a Barry. Nada más ni nada menos. Ahora, si no le importa, ¿qué les ocurre a ustedes?

—Barry se había comprometido a facilitarnos detalles de las transacciones comerciales de Marino —dijo Keller lentamente.

—¿Qué me cuenta?

—Así es. Lo han matado con mucha oportunidad Beaton. Cuando nos iba a poner poco menos que en la mano a ese bastardo de Marino que cubre el juego, la prostitución, el barato, y...

—Conozco el prontuario de Marino —interrumpió Beaton—. Lo siento. Quiero decir que lamento que mataran a Barry precisamente en ese momento.

—Por eso es por lo que no podemos fiarnos de esa muchacha. Pudieron ponerla, y es lo más probable, como cebo para Barry. ¿Cuánto tiempo hace que la conocía?

—Ella dice que tres semanas. Las que lleva trabajando en Joey Club.

—Justo el tiempo que hace que Barry comenzó a ponerse en contacto con nosotros. ¿No es mucha casualidad, Beaton?

Los ojos del policía brillaron con reflejos verdosos como los de los gatos.

—Supongo que Barry cobraría algo por venderles a Marino, ¿no? ¿No es así como se hacen estas cosas?

Keller asintió.

—Así es como se hace.

—Bonito negocio —comentó Beaton—. De manera que un tipo se pasa media vida ocultando el juego sucio de un pandillero, y luego de pronto decide ser honrado. Denuncia al que le pagaba y

por ello cobra encima una cantidad.

—Un diez por ciento de la cantidad estafada al fisco ofrece el Tesoro —dijo Keller con la cara impasible—. Ni usted ni yo hicimos la ley, Beaton.

Hizo una pausa.

—El caso es que ahora, muerto Barry, no podremos echarle mano a Marino por ese medio. Tendremos que buscar otro. Bien, ¿hay otros sospechosos aparte de la chica?

—Cualquiera de los hombres de Marino, y tiene bastantes, como ya sabe, podría ser sospechoso —asintió.

—No, tenemos a alguno de sus muchachos bajo vigilancia, pero al parecer todos disponen de coartadas. Como si se hubieran puesto de acuerdo. Además... Beaton, —después de lo que me acaba usted de decir.

—¿Qué?

—Está la cuestión del arma.

—Vamos —dijo Keller con impaciencia—. ¿Qué sucede con el arma? ¿La encontraron?

—No. No la encontramos. Pero tenemos el informe pericial sobre la bala que mató a Barry. Es una pistola europea, con proyectiles de calibre de nueve milímetros y rayado a la derecha. El técnico afirma que es una pistola alemana, muy posiblemente una «*Parabellum*».

Keller se puso en pie.

—Me gustaría tener una copia de ese informe —dijo—. Se podría enviar a Washington, a los laboratorios del F.B.I. Allí hay registradas millones de armas.

Beaton alzó la mirada.

—Lo sé, y hubiera llegado a la misma conclusión. Bien, lo vamos a hacer. Mientras, ¿a qué hora quiere usted que interroguemos a la muchacha?

—Por la mañana. Hacia las diez.

Los dos hombres se estrecharon las manos y luego Keller se marchó.

Cuando llegó a su departamento, se duchó, se puso cómodo y estuvo leyendo el informe sobre la muerte de Barry hasta que los ojos le dolieron de sueño.

A la mañana siguiente asistió, desde las sombras de uno de los muros, al nuevo interrogatorio de Avril Renton.

La muchacha tenía la cara macilenta, pero aún no parecía haber perdido el espíritu combativo.

Keller la observaba con atención. Cuando se la llevaron, dijo:

—¿Qué va a hacer, Beaton?

—Que me cuelguen si lo sé. No tiene defensa alguna, salvo que la pistola no se ha encontrado. Hemos hecho dragar el río y el canal y hemos registrado el alcantarillado. Hemos peinado su casa y que me cuelguen si sé dónde puede haber escondido una pistola de ese tamaño.

Un policía se acercó y le dijo algo a Beaton en voz baja.

—Bueno, pero que los lleven a la sala del micrófono —dijo Beaton.

Se volvió a Keller y añadió:

—Se trata de uno de sus compañeros de trabajo. Quiere verla.

—¿Pone usted micrófonos en la sala de visitas? —preguntó Keller burlonamente.

Beaton se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Ya sé que no es legal, pero a veces se aprende algo.

—¿Ha visto usted el espectáculo en el que tomaba parte esa chica? —preguntó el hombre del Tesoro con aparente incoherencia.

—No, por supuesto que no.

—Pues no estaba mal del todo. La chica, quiero decir. El espectáculo no era demasiado indecente, pero ella...

—¿Qué tiene que ver eso con el asesinato de Barry?

—Quisiera ver al hombre que quiere entrevistarse con la chica. No me importa decirle, Beaton, que si tropezase usted con un abogado un poco listo, se iba a ver en figuritas. En primer lugar, deja que un sospechoso detenido bajo sospecha de asesinato se entreviste con alguien que no es su abogado, y en segundo lugar les coloca un micrófono bajo la nariz. ¿Qué clase de policía es usted?

—Un policía respetuoso con las leyes, pero con ideas propias —respondió Beaton riendo—. Olvídense de los detalles y venga.

Pasaron a una habitación completamente desnuda, salvo una mesa en la que había varios aparatos y ante la que se sentaba un operador.

Éste les hizo una señal y giró un dial. Una voz masculina salió del aparato.

—Podría conseguirte un buen abogado, Avril —decía—. No puedes estar así.

La joven debió encogerse de hombros, a juzgar por su entonación.

—No te preocupes, Lenny, porque estos bribones tendrán que soltarme. Yo no maté a aquel asqueroso de Barry. No digo que no lo hubiera hecho de buena gana cuando me puso las manos encima, pero el caso es que no lo maté, y eso es todo. Además, creo que me tienen que nombrar un abogado.

—Sí, pero podrías salir bajo fianza. Un abogado podría conseguir eso por ti, Avril. Si es por algo de dinero...

—Mira, Lenny, estuve una vez tres meses en la cárcel y puedes creer que no me gusta nada repetir. Pero no estoy dispuesta a pagarle a cualquier picapleitos. Te sacan todo lo que ganas y luego, pueden o no librarte de la heladera, No, me voy a quedar ahí dentro, con todas esas golfas hasta que se convenzan de que no maté a ese faldero.

—No le faltan agallas —dijo Beaton—. ¿Ha oído usted a muchos sospechosos expresarse así?

—Calle —respondió el hombre del Tesoro.

—Además —añadía la joven—, hay algo que me anda rondando. Ya sabes, como cuando se te mete un moscardón en la cabeza. Es algo relacionado con el crimen, pero no logro acordarme.

—Mira, Avril, yo podría...

—Déjalo ya, Lenny. De veras que te lo agradezco, pero no voy a pagar un abogado. Que lo nombren ellos y que se gasten el cochino dinero que nos sacan a los contribuyentes. Y ahora, Lenny, sé bueno y no insistas.

—Agallas de esturión —dijo Beaton con una mueca.

—Pero, Avril, si pudieras recordar lo que oíste...

—Yo no dije que oyera nada. Digo que hay algo que me anda rondando por la cabeza, pero no sé lo que es. No te preocupes, Lenny, porque ya me vendrá a la memoria.

—Ha acabado la entrevista —dijo la matrona de la policía.

—Adiós, Lenny, y dale recuerdos a míster *Trolley*. Supongo que no me va a guardar la plaza para cuando salga de aquí, y es una lástima, porque estábamos haciendo un buen número; pero ¿qué le vamos a hacer?

—Adiós, Avril, y si en algo puedo...

La conversación había muerto.

—Puede usted soltar a esa chica, si quiere. Beaton —dijo Keller—. Puede usted hacerlo o no entiendo una palabra de inocentes. Ésa es inocente, al menos del crimen.

—Lo que no puedo hacer es jugarle la plaza, amigo. Y lo siento. No es un caso que le vaya a gustar al fiscal.

Hizo una mueca.

—Imagínese a *miss* Boritski sentada ante un jurado levantándose las faldas lo justo para que se vea qué rodillas tiene. Si es usted de aquí, no ignorará que la mayor parte de los jurados son hombres. Tenderos, muchos de ellos. Serían capaces de enviar a la silla eléctrica a un tipo que hubiese robado un puñado de lápices, pero dejarían escapar diez asesinas si estaban apoyadas por un hermoso busto.

—La voz de la sana razón —dijo Keller—. Bien, esperemos a saber lo que nos dice Washington.

Del inspector

O'Hara,

jefe de coordinación de la oficina de Información del F.B.I., al inspector Beaton, de la policía Metropolitana. Particular y urgente:

«El informe pericial de los expertos en balística emitido sobre la bala que mató a William Barry es el siguiente: Proyectil de nueve milímetros (medidas europeas), procedente de una pistola alemana marca "*Parabellum*". Hay antecedentes sobre este mismo ejemplo de arma. Comparadas las microfotografías con las del proyectil de la pistola "*Parabellum*" con la que asesinaron a Quadratico Rooney, han demostrado ser las mismas. Les agradeceríamos nos comunicasen la resolución del caso presente, para configurarla en nuestros archivos. Atentamente...»

Beaton y Keller se encontraron en el despacho del primero. Keller leyó la información recibida.

—Yo también he consultado con el Departamento del Tesoro, y me haré cargo de parte del asunto. Colaboraremos, Beaton, si no le parece mal.

—¿A mí? Siempre es agradable estar a bien con el Fisco. Nunca se sabe...

—Bien, ¿qué va a hacer?

—Poner en libertad a María Boritski. Vigilada por mis hombres, naturalmente. No quiero que salga de la ciudad. Lo segundo va a ser hacerle una visita a Barry Marino. El *cabaret* donde bailaba la chica es suyo. Pero no lo diga por ahí. Marino opera siempre con testaferros.

—Iremos juntos... O mejor, voy yo a poner en libertad a la chica.

—¿Usted, Keller?

—Tengo interés en que me conozca personalmente.

—O en conocerla usted a ella, ¿no será más cierto?

Keller no contestó, y Beaton se puso en pie, sonriendo con la comisura izquierda de la boca. Un momento después ambos estaban en presencia de la joven.

CAPÍTULO III

El senador Lester quitó los pies de su pupitre y se puso lentamente en pie.

Era un hombre de altísima estatura y de haber llevado barba se le podría haber confundido fácilmente con Abraham Lincoln.

Tenía los mismos ojos hundidos, la misma nariz de halcón y el mismo mentón voluntarioso.

—No estoy dispuesto a discutir más estupideces —dijo—. Y lo llamo estupideces para evitar que mis colegas, los honorables senadores, se pudieran sentir personalmente ofendidos si pronunciase la palabra imbecilidad o canallada.

—No te exaltes, Tom —dijo el *speaker* cogiendo mecánicamente su mazo de plata.

—¿Qué hay en lo que he dicho que pudiera ser denominado imbecilidad o canallada? —preguntó suavemente el senador Ralston.

Lester lo miró desde su elevada estatura. Ralston era pequeño, rubicundo, de pelo blanco y cara de bebé.

—Todo —fue la seca respuesta.

—Vamos, vamos, Tom podríamos dejar la discusión personal —dijo el *speaker*, ligeramente inquieto—. Voy a suspender la sesión.

—No, hasta que yo haya terminado de hablar —replicó Lester con firmeza.

Y cuando el senador Thomas Lester hablaba de aquella manera, todos sabían que se avecinaba un buen discurso.

Varios de los senadores se revolvieron inquietos en sus escaños. Uno o dos se sonrieron y otro se rió francamente.

—Bien, Tom, pero sé breve —pidió el *speaker* cautelosamente.

—Si es necesario, emplearé todo el día —fue la seca respuesta.

Se cogió las solapas del traje.

—Pero voy a decir todo lo que tengo que decir: En primer lugar

acusó a un tal Bartolomeo Marino de recaudar más de quinientos mil dólares anuales cobrando el barato a los comerciantes de toda la zona de la ciudad, incluidos, naturalmente, los muelles y el puerto.

—Usted se está buscando un juicio por difamación, Tom —dijo Ralston—. Palabra que se lo está buscando.

—No se preocupe. No me olvido de que es usted el director-batuta de los abogados de Bartolomeo Marino. Y puede usted citarme ante el juez cuando quiera. Yo llevaré el asunto a un tribunal federal.

Ralston sonreía con media boca.

—¿Con... pruebas, Tom?

—Con pruebas —afirmó Lester—. Tengo pruebas de todo lo que he dicho. Vamos Ralston, entérese de una vez que...

El *speaker* alzó la voz y golpeó el estrado.

—¡Basta! No pienso permitir más discusiones privadas.

Lester alzó la huesuda mano en el aire.

—Acuso a Bartolomeo Marino de tener montado un sistema bien ideado, sucio y asqueroso, para ejercer la trata de blancas. Lo llamo así por respeto a mis dignos colegas y al lugar en que me hallo. Pero le daré su ver dadero nombre si alguien me lo pregunta... en privado.

Esta vez estalló la tempestad. Unos aullaban, otros murmuraban por lo bajo y otros más reían sin ninguna clase de disimulo.

Porque todos ellos sabían de lo que estaba hablando Lester, pero ninguno se había alzado aún para decirlo. Simplemente, se sabía, se tomaban algunas medidas chiquititas que no molestaran a nadie y... el asunto seguía.

Pero una interpelación pública en el Senado del Estado era algo absolutamente distinto. Sobre todo cuando se discutía una moción de Ralston para permitir a Mamo hacerse cargo de la navegación fluvial.

—¡Basta, Tom, te lo ordeno! —gritó el *speaker*—. Si no puedes hablar como un abogado, prefiero que...

Lester lo miró con la misma cara con que examinaría un escarabajo en su plato de sopa.

—Tengo pruebas de ello. Y esto es una interpelación. Claro que estas pruebas no serán muy del agrado de mi digno colega Ralston, el cual no sería la primera vez que utilizase los servicios de los

rufianes de Bartolomeo Marino en beneficio propio...

Una verdadera tempestad. Cuando se calmó ligeramente, Lester continuó.

—... *No se muera de repente*, Ralston, tengo pruebas de ello y lléveme a un tribunal, si quiere, que ya me encargaré yo de canalizar las normas hasta el Tribunal Federal.

Ralston estaba pálido. Ya no parecía un bebé rubicundo y buenecito.

Tragaba saliva una y otra vez. Abría la boca, la volvía a cerrar. El *speaker* bajó del estrado, y se dirigió directamente a Lester.

—Has acabado de decir esas cosas aquí, Tom. Basta ya. Esto ya no es una interpelación, sino materia tribunalable.

Lester lo miró de arriba abajo.

—No me vas a privar de mis derechos constitucionales, Ed — advirtió.

—Te voy a privar de la nariz. No es aquí donde debes hacer eso.

—Pues... ¿dónde?

—Vamos a nombrar una comisión. Ella se ocupará de todo eso.

—¿Formada por quién?

—Pues lo decidiremos.

—En ese caso, seguiré hablando, Ed. No conozco lugar mejor que éste para discutir la suciedad que está corrompiendo la ciudad que fundó mi tatarabuelo.

Alzó la voz.

—Y acuso también a Bartolomeo Marino, y con pruebas tribunales, por supuesto, de que...

El *speaker* miró vacilante a Lester y luego se volvió hacia Ralston. Éste, muy pálido, con los ojos cerrados, parecía dormir. Pero no estaba dormido, por supuesto.

Y durante diez minutos más, Lester siguió hablando. Hacía rato que los periodistas se habían precipitado a los teléfonos y que a las redacciones de los periódicos estaban llegando las noticias de la «bomba Lester», como la llamó el «Clarion».

Porque todas aquellas cosas eran más o menos cosas conocidas, pero hasta entonces nadie las había soltado en una reunión plenaria del Senado, sino en comisiones y bajo una cierta cortina de humo periodística.

Pero esa apacible tarde de diciembre...

Tras su discurso, Lester atravesó el pasillo, montó en su anticuado «Rolls» del año 53, y se marchó a su casa.

La casa era un horrible palacete a caballo entre el colonial inglés y el Victoriano. Alternaban las columnas con dos torreones octogonales, producto de la fantasía de algún arquitecto esquizofrénico.

Keller se apeó del coche ante la verja y apretó el botón del portero automático. Una voz gangosa le preguntó qué deseaba. Keller se dio a conocer, añadiendo su cargo del Departamento del Tesoro.

La puerta comenzó a abrirse.

Siguió el enarenado camino hasta la casa. Un hombre con chaleco a rayas verdes y negras, y cuya cara llevaba las huellas de cientos de golpes recibidos en algún *ring*, lo esperaba en la puerta de entrada.

—Míster Marino lo espera —dijo.

Su tono era seco, hípido.

Marino lo esperaba, en efecto.

Un despacho enorme, con inmensas estanterías repletas de libros con oscuras encuadernaciones, que evidentemente habían sido comprados con la casa.

La chimenea estaba encendida e iluminaba cálidamente los cueros de los sillones, los cueros de las encuadernaciones y el de la mesa.

El dueño de la casa vestía una bata de seda carmesí, con las vueltas de los puños negras.

Era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, pero muy ancho de hombros y de vientre. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, y muy brillante.

Hasta Keller llegó el mezclado aroma de una buena esencia y una buena loción, usadas sin cicatería.

—Buenos días, inspector.

Sacó dos puros de una caja de madera de cedro y le tendió uno a Keller.

Éste movió la cabeza negativamente.

—¿No? Son muy buenos, ¿eh? Magníficos. Los hacen exclusivamente para mí.

Le lanzó una mirada cómplice.

—Me llegan de Cuba, inspector, pero espero que no tenga usted nada que ver con la Aduana, ¿eh?

—No.

—Bueno, en ese caso, ¿un trago? Hable. ¿Whisky? ¿Pisco? O, ¿vino? Tengo una cosecha de Vicinamare...

—¿Fabricada exclusivamente para usted?

Marino lo contempló durante unos segundos. Luego abrió la boca, bien orificada, y rió interminablemente.

—Muy bueno, inspector. Muy bueno. ¡Fabricada para mí, una cosecha de Sicilia...! ¡Estupendo! Usted es de los que a mí me gustan.

Se puso serio de pronto.

—Ya lo entiendo. Se considera de servicio, ¿verdad? Pero... no. Ésta no será una visita oficial.

—En cierto modo, míster Marino.

Barty Marino, que cuando llegó a los Estados Unidos a los doce años se llamaba Bartolomeo Marinetti, se dejó caer en un sillón, sin dejar de mirar a Keller. Aún le sonreía la boca, pero ya no los ojos.

—Siéntese, entonces, inspector. Quítese el peso de los pies.

—Agente nada más.

—¿Nada más? ¡Imposible! ¿Cuántos años tiene usted? ¿Treinta? Es mucho más joven que yo. ¿Agente nada más? ¿Por qué?

—Míster Marino —dijo Keller—. Quiero preguntarle a usted qué sabe acerca de la muerte de su contable Barry.

—Pobre Barry.

Barty Marino movió la cabeza con expresión contristada.

—Era un hombre fiel, inteligente, capaz, cumplidor, eficiente... Lo voy a echar mucho de menos, señor Keller.

—Sí, ya lo sé.

—¿Verdad que sí? Pero... ¿qué decía? Ah, sí. Lo voy a echar mucho de menos... Pero ¿qué sé de su muerte? Nada. Lo que todos. Que lo mató una falda.

Esta vez hizo un gesto reprobativo al mover la cabeza.

—Era muy aficionado a ellas, míster Keller. Mucho. Yo diría que demasiado. Por Dios, siempre andaba enredado con alguna. Tan pronto como tomaba una copa, ya le estaba saliendo el sexo hacia afuera. «Hay que contenerse, le decía yo». Hay que ser... hombre de

pocas mujeres. De una, si es posible, aunque, claro, siempre hay alguna aventura que viene de frente, y que no se puede desaprovechar porque luego dicen de uno que si es... poco hombre. Pero perseguirlas... Oh, no. Ya le digo, míster Keller, en cuanto se tomaba dos copas se le calentaba la sangre y...

—Y la sangre corrió esta vez.

—Pues... siempre es posible.

—No.

—¿Qué, perdón?

Marino se puso una mano en la oreja como si no hubiera oído bien. Aquel hombre era un perfecto histrión. Mimaba su ascendencia italiana, él que se había hecho en los Estados Unidos, que llegó allí de pocos años, que podía ser tan fríamente inexpresivo como un anglosajón.

—Que no, míster Marino. Barry murió muy oportunamente.

—¿O... portunamente?

Marino cruzó las piernas. Sus calcetines de seda negra brillaban. La ceniza del cigarro cayó sobre la alfombra persa.

—Vamos, vamos... agente.

Chupeteó el puro y lo tiró al cenicero. Cogió otro.

—No tiran. A veces no tiran, aunque son tan buenos.

Lo encendió, cuidadosamente, dándole vueltas entre los dedos.

—Bien, decíamos... Usted ha venido aquí por algo, agente.

—Sí.

—¡Bueno! *¡Pues, dígalos!* A mí también me molestan los rodeos. No soy hombre al que le gusten los rodeos. Claridad es mi lema. ¿Ve usted todo esto? Con un amplio ademán del puro abarcó la habitación entera.

—Pues todo ello lo he creado yo, amigo. Yo. Sin rodeos de ninguna clase. Trabajando duro y yendo firme hacia donde quería ir. Bueno, creo que ya está explicado, ¿no? Vaya al grano.

—Barry ha muerto cuando se acababa de poner en contacto con nosotros —dijo Keller fríamente, sin apartar la mirada del otro.

Marino lo miró, enarcó una ceja y... se echó a reír.

—Vamos, vamos, agente, eso no es serio. Eso se lo cuenta usted a mi gato y seguro que revienta a reír. ¿Qué Barry se había puesto en contacto con ustedes? Y... ¿para qué iba a hacer una cosa así?

—Para indicarnos qué parte de sus libros está falsificada y qué

parte de sus negocios caen en la suciedad más asquerosa que hemos visto en esta ciudad.

Bartolomeo Marino extendió la mano y alcanzó un teléfono que había sobre una mesita baja. Era un aparato de color rojo y líneas aerodinámicas.

—Columbus, treinta y cuatro, noventa y tres —le dijo a Keller.

Éste sacó un cigarrillo y lo encendió calmamente.

Bartolomeo continuaba tendiéndole el teléfono. Los dos hombres se miraban rectamente a los ojos.

—Supongo que ése será el teléfono de su abogado, Marino.

Había prescindido del tratamiento.

—Sí. Del senador Ralston. Con él hablará usted con más confianza. Dígame que me acusa de cualquier cosa, de lo que se le ocurra, y ya verá como él le para los pies, agente. Vamos, llámelo.

Keller lanzó una nube de humo hacia el siciliano.

—Hablaré con Ralston cuando me parezca *a mí*. Pero le diré una cosa, Marino: esta vez ha ido usted demasiado lejos. Esta vez tenemos a alguien que va a declarar contra usted.

—Llame al senador Ralston, agente; mi tiempo vale demasiado dinero para perderlo en charlatanerías.

—El hombre que mató a Barry cometió una equivocación. Es decir, cometió varias. Y hay un testigo.

Un relámpago fulguró en las sombrías pupilas del siciliano. Fue un solo instante.

—Le digo que mi tiempo vale mucho dinero,
«T-Man».

No me lo haga perder. Hable con el senador Ralston.

Keller se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la vista, Marino. Nos volveremos a ver y para entonces espero que sea con usted sentado en el banquillo.

—Hable con Ralston, agente. Todo eso explíquesele a Ralston.

Keller salió de la habitación. El guardaespaldas de Marino, que había aparecido silenciosamente a su lado, lo siguió hasta la puerta. Ya en ella, Keller se volvió al hombre.

—¿Cómo se llama?

—Averígüelo, poli.

—¿Quiere que lo pregunte en la Jefatura de Policía?

—Pruébelo. Míster Marino me sacaría de allí en dos segundos.

Los ojos de Keller echaban chispas. Su «farol» le había fallado. No tenía en realidad derecho a amenazar con la cárcel a aquel hombre, y había obrado con un poco de precipitación. Siguió el «farol», no obstante.

—Uno de vosotros, sucios cerdos bastardos, ha matado a Barry. Y cuando cojamos al que ha sido, se va a sentar en la cámara de gas.

—Usted, poli, se puede ir a...

Keller le abofeteó con fuerza y rapidez. El hombre echó atrás la cara y se llevó la mano al bolsillo del pantalón. No llegó a terminar. Keller tenía ya su arma en la mano.

—Saque el arma y le parto la muñeca con mucho gusto —le dijo en voz baja.

En ese momento una voz autoritaria llegó hasta ellos.

—Rooney, apártate de ese hombre —dijo Marino—. Vamos, idiota, apártate. ¿No ves que lo que quiere es provocarte?

En los ojos de Rooney se podía leer claramente el asesinato, pero se apartó de Keller.

Éste volvió a abofetearle.

Marino habló de nuevo. Su voz sonaba suavemente:

—Vamos, agente. ¿Se va a ensañar con un hombre que no se defiende? ¿Quiere usted que sea yo mismo quien llame a Ralston y le diga que ha asaltado usted mi casa?

Keller esbozó una sonrisa torcida.

—Me voy ya, Marino, pero lo que le he dicho a este piojo es valedero también para usted. Ahora ya lo sabe. Tenemos un testigo y ese testigo hablará.

La puerta se abrió y Keller salió a aire libre. Un viento frío azotaba las calles. Se quitó el sombrero y dejó que juguetease con sus cortos cabellos. Luego subió a su coche y enfiló la avenida De Soto.

Cuando llegó a Burton, torció por esta hasta alcanzar una de las callejuelas que reciben el nombre de La Colmena por parte de sus habitantes.

Atravesó por un grupo de niños que jugaban al *baseball* de un extremo a otro de la calle. Tan pronto como lo vieron, dejaron su juego y lo contemplaron con caras inexpresivas.

Comprendiendo que si dejaba allí el coche luego encontraría las

cámaras desinfladas y la carrocería rayada, retrocedió hasta Burton, de nuevo. Dejó el auto y regresó a la calle, a pie.

Fue mirando los números hasta llegar al veinticinco y ascendió los cinco escalones de cemento desgastado. Un corredor, oscuro, que daba a un patio, y a la izquierda, una puerta.

Una mujer increíblemente gorda abrió la puerta y le preguntó qué deseaba con un fuerte acento irlandés.

—Busco a *miss* Frentón.

—Arriba, en la habitación D. Al fondo del patio, pero ella no está.

—¿Puedo esperarla?

La mujer dudó un momento.

—Bueno, suba, pero no podrá entrar. Es en el primer piso.

—Puedo esperarla en la escalera, si no le importa.

—¿A mí? Puede esperarla donde quiera. ¿Es usted de la policía?

—No.

—Porque ya la han molestado bastante esos bastardos, es lo que digo yo. Pase y espérela. Pero si llega ella y dice que no quiere nada con usted llamo a mi marido y lo echamos escaleras abajo. Ya es una vergüenza lo que han hecho con esa pobre criatura.

—La esperaré en la escalera. Y no creo que le importe verme.

Cuando llegó al primer piso se sentó en la escalera pacientemente y encendió un cigarrillo.

CAPÍTULO IV

Avril Renton ascendía la escalera rápidamente, taconeando.

Al ver a Keller se detuvo.

—Supongo que la mujer de abajo le habrá dicho que estaba esperándola —dijo el hombre del Tesoro poniéndose en pie.

—Lo que no me ha dicho es que se trataba de la policía —respondió ella.

—No soy un policía. Ellos no parecen llevarse muy bien con la policía, de todas formas. Me amenazó con quitarle el bozal a su marido. Quisiera hablar con usted de nuevo, *miss* Renton.

Ella vaciló.

—Si no es policía, ¿quién es? Estaba con ellos, allá en la jefatura.

—Soy un agente del Tesoro.

—Pero ¿piensan detenerme otra vez?

—No. Sólo quiero hablar con usted. Pero no me gustaría hacerlo en la escalera, aunque si no quiere permitirme entrar en su casa...

—Está bien, pase.

Avril abrió la puerta.

Se encontraron dentro de una pequeña habitación en la que había una mesa, un par de sillas, un sillón y una cama. Ésta, oculta a la vista por un biombo de cartón prensado.

Había dos ventanas. Una al frente y otra tras el biombo.

Keller lanzó una lenta mirada a su alrededor. Ella lo advirtió.

—Al despedirme del Joey Club tuve que volver aquí, que es donde me hospedaba cuando llegué a esta maldita ciudad. La irlandesa de abajo se alegró. Yo, no tanto. No me gusta bajar de posición, pero las circunstancias...

Se encogió de hombros.

—Bueno, usted ya sabe.

Keller dijo:

—¿Quiere usted comer conmigo, *miss* Renton?

La mirada de ella era fría y analítica.

—¿Comer... nada más?

—Comer y hablar. Nada más.

—Mire, si lo que busca es un asuntillo fácil, ya puede írselo quitando de la cabeza. Le puedo dar las señas de dos o tres chicas que lo harían con mucho gusto. Conmigo no hay nada que hacer, encanto.

—No quiero ningún asuntillo fácil. Quiero comer con usted en algún sitio donde haya gente y hacerle unas cuantas preguntas. Nada más.

Keller sonreía. Ella, fríamente consideró sus palabras durante un momento.

—Está bien. Pero el sitio lo elegiré yo.

—De acuerdo.

Un cuarto de hora más tarde, estaban sentados en un pequeño restaurante chino de la calle Burton, ante dos platos de *chop suey*.

La joven se quitó el gabán y Keller se dijo que pocas veces había visto un cuerpo tan perfectamente proporcionado. El frío desprecio con que ella le devolvió la mirada le hizo dedicarse al picadillo de pollo con algas, sin hacer comentario alguno.

Inmediatamente después de terminar el plato, y sin esperar a que sirvieran el segundo, ella sacó un cigarrillo de su bolso. Keller se lo encendió.

—¿Qué es lo que quiere, exactamente? —preguntó ella.

—Colaboración.

Avril lanzó tres perfectos anillos de humo y esperó hasta que se desvanecieran en el aire.

—¿Qué clase de colaboración?

—No la que usted está pensando, por supuesto. Nada de tipo personal. Escuche, *miss* Renton, estamos muy interesados en la muerte de Barry.

Ella hizo un gesto de amargura.

—Eso ya lo sé. ¿Me lo va a decir *a mí*?

—Déjeme acabar. Nos interesa menos que lo mataran que el motivo por el cual lo asesinaron.

Por primera vez ella demostró un ligero interés:

—¿Por qué?

Keller dijo lentamente, midiendo las palabras:

—Miss Renton, usted estuvo en la cárcel una vez...

—Con su permiso: *dos*.

—Bien, dos.

Llegaba el segundo plato. Keller esperó un instante.

—Sabe usted que hay una ficha suya en la jefatura de esta ciudad, y en la de Saint Louis.

Ella iba a hablar. Él no le dejó.

—No, permita. Déjeme terminar. Después hablará usted. Lo que voy a decirle es confidencial. Si hace usted uso de ello, podría volver a la cárcel de nuevo y no creo que eso le gustase.

—Lo sé.

Ella hizo un gesto de amargura.

—No necesita añadir que me pueden perseguir por toda la Unión y dejarme sin trabajo cuantas veces quieran. Creo que a eso es lo que llaman la justicia de los ojos vendados y todas esas monsergas.

Keller esperó a que trajeran la salsera con su picante y rojo contenido. Luego, con la misma pausada voz, dijo:

—Vamos a dejar ahora a la justicia. No la va a perseguir nadie. Sólo quiero que me prometa que lo que vamos a hablar ahora entre nosotros no va a salir de aquí.

—Y si no queda...

Keller la miró significativamente. Ella pinchó un trozo de aleta de tiburón y lo miró como si fuera un cartucho de dinamita.

—Bien, quedará entre nosotros.

—Queremos saber quién mató a Barry, porque éste era un hombre importante. Por lo menos para nosotros.

—¿Por qué?

—¿Ha oído usted hablar de Barty Marino?

—¿Quién no ha oído hablar de Marino? Pregúntele a cualquier chica que haya intentado trabajar en un *cabaret*.

—No necesito hacerlo. Pues bien, ¿quién cree usted que es Marino?

—Pues... eso, el dueño de un montón de clubs y de *cabarets*. Eso.

—No solamente eso, *miss* Renton. Es el hombre al que se canaliza todo el dinero que se obtiene por la prostitución, y las drogas, y el derecho al trabajo.

—¿Quiere decir... un *gángster*?

—Ya no se llaman así, *miss* Renton. Pero, sí. La Cosa Nostra. Tal vez hay usted oído hablar de ella.

—No soy una analfabeta, míster Keller. Sé lo que es la Mafia.

—Pues Barty Marino es la Mafia, aquí. Y Barry era el hombre que con sus conocimientos contables mandaba a un ejército de contadores que procuraban que todos esos negocios sucios no se reflejasen en los libros de Marino. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Pues bien, Barry estaba dispuesto a poner en nuestras manos a Marino.

—¿Quiere decir... explicarles sus artimañas?

—Dicho fácilmente, sí.

—Eso es ser un soplón. ¿No es así?

—Llámelo como quiera. Pero Barry murió muy a tiempo. Ya se había comprometido con nosotros.

—Entonces, eso quiere decir que no lo mató un ladrón, ni un enemigo personal. Creo que es ahí a dónde quiere usted ir a parar.

—Exacto, *miss* Renton. Lo mataron porque querían impedir que denunciara a Marino. Por tanto nosotros lo que deseamos es pescar a quien lo mató para ver si por ahí podemos llegar a Marino. Si no podemos acusarlo de defraudar al fisco, al menos podríamos meterlo en la cárcel por asesinato o incitación al asesinato.

—Comprendo.

La cara de la muchacha era inescrutable. Y muy bella. Tanto que Keller sintió el repentino impulso de coger la morena mano que esgrimía el tenedor y apretarla hasta hacerle daño. Se contuvo con un esfuerzo pensando si no necesitaría un par de visitas a un psiquiatra. Nunca había sentido deseos de hacer daño a una mujer.

—Y queremos —dijo rápidamente—, que usted nos ayude a cogerlo.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues ya puede ir diciéndome lo que puede hacer una chica como yo para ayudarles a unos tipos como ustedes. Porque lo cierto es que no caigo en qué forma puedo ayudarles... siempre que estuviera dispuesta a hacerlo.

—Usted ha trabajado varias semanas en un *cabaret* que, aunque

esté a nombre de otro, pertenece a Barty Marino. Y Barry demostró por usted el suficiente interés para...

—Dígalo, hombre, no se contenga, para no sufrir alguna frustración posterior, como diría un psiquiatra. No me voy a ruborizar ahora. Por otra parte, hace tiempo que perdí el rubor. Cuando tuve que enseñar las piernas ante una partida de bribones, yo que me creía una artista.

—No hace falta que sea tan mordaz. No quiero herirla, eso es todo. Y una persona como usted es vulnerable.

—¿Qué quiere decir con eso de que soy vulnerable?

—Simplemente, si me refiero a que estuvo en la cárcel, usted se encrespa. Pero desgraciadamente es una verdad. Si tengo que hacer referencia a ello, usted se cierra, la hiero. Y no quiero hacerlo. Por eso le pido que no vea tras de lo que digo ninguna intención posterior. Simplemente, lo que le digo. Que lo tome como lo digo. Nada más.

—Amén.

Pero la bella boca de la joven sonrió por vez primera.

—Está bien. ¿Demostró Barry, en el tiempo que usted estuvo con él, tener miedo a algo o a alguien?

—No lo sé. Demasiado trabajo tenía con cuidar de apartarme las manos de ese tipo de encima. ¡El grandísimo pulpo! Le faltaba aliento, pero lo que es las manos las manejaba como si tuviese veinte.

—Sí, entiendo. No hablaron de ello.

—Por supuesto que no, míster Keller. Sólo hablaba de lo bonita que le parecía yo y lo que deseaba meterme en la cama. Nada más. Y ahora que estamos charlando amistosamente, le diré que yo no lo maté. Se lo he dicho a la policía una y mil veces y no sé si me han creído o no, pero lo cierto es que no lo maté.

—Usted dijo a cierta persona que había algo que le había dado que pensar. Me refiero al momento en que mataron a Barry. Que había algo que no recordaba, pero que le había extrañado.

En los ojos de la chica apareció una expresión de alerta.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lo sé. Usted lo dijo. Y quiero que me diga si recuerda lo que fue.

Ella depositó el tenedor en el plato e hizo ademán de levantarse.

Keller le cogió la muñeca. Sin fuerza, pero firmemente.

—Un momento, *miss* Renton. No quiero que se marche aún.

—Puede llevarme de nuevo a la pocilga aquélla. Oh, ha logrado engañarme bien con sus palabras, y que conste que no es fácil engañarme a mí con el pico. ¿Es que no puede comprenderlo? No sé nada y ya me puede llevar de nuevo a aquella pocilga, que seguiré diciendo lo mismo. No sé nada.

—¿Qué fue lo que vio u oyó usted la noche que asesinaron a Barry?

—¡Le estoy diciendo que no lo sé!

Había en el tono de la muchacha una nota de angustia que no pasó inadvertida para Keller. Comprendió que estaba diciendo la verdad.

—Siéntese —dijo, al tiempo que le soltaba la muñeca.

Ella se dejó caer en la silla con la gracia de las personas de cuerpo bien entrenado.

—Está bien, la creo. Pero... ¿sabe usted que podría haber alguien que no la creyese? ¿Sabe que podría haber alguien que pensara que usted sabía algo que pudiera comprometer al asesino? Y entonces...

La joven clavó en él las verdes pupilas.

—Pero... ¡le estoy diciendo que no sé nada!

—No obstante, *miss* Renton, algo se le quedó a usted grabado. Quizá está tan hondo que ni usted misma sabe qué pueda ser, pero saldrá más tarde o más temprano. Y el asesino no esperará a que usted se entere de ello. No, no esperará.

—Y... se echará encima de mí, ¿no es eso lo que quiere usted decir?

—Aproximadamente, sí.

—Cualquiera diría que está usted deseando verme con un cuchillo en la espalda.

Ella había hablado con los dientes apretados.

Esperó un instante y luego dijo:

—No podría decirlo, palabra que no podría. Sólo sé que...

Vaciló.

—Siga —le dijo Keller con voz controlada. No quería forzarla.

—Sólo que un momento antes de oír caer a aquel piojo... a Barry, quiero decir, oí... no, advertí... bueno, no sé qué demonios

era. Ni siquiera si fue que lo oí o que lo sentí... Sólo que algo me llamó la atención.

—La estoy creyendo, *miss* Renton.

—Pero no puedo recordar lo que era. Eso es todo. Mire, es inútil que sigamos hablando de ello. No puedo acordarme, entiéndalo.

—La creo.

—Podrían ponerme en el potro una y otra vez y no sabría siquiera de qué se trataba.

Keller encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Avril. Ésta aspiró una bocanada con ansia.

—Atiéndame, bien, *miss* Renton. Quizá vuelvan a llamarla del Joey Club.

—Hombre... ¡no me diga!

—Calle un momento y escuche. Quizá la vuelvan a llamar, y usted volvería a trabajar allí.

—Pero yo... Bueno, después de lo que me ha dicho...

—¿Qué?

—Que... pero ¡bueno! Me acaba de decir que alguien de ese Marino hizo matar a Barry, y que yo sé algo que ni siquiera sé qué es, pero que alguien puede creer que lo sé, y piensa que me voy a meter en un lugar de míster Marino... Uno de los dos está loco, y no soy yo, puedo jurarlo.

—Ni yo. Porque no debe usted preocuparse de nada. De noche y de día, al alcance de su voz habrá alguien. No le voy a decir cómo, pero usted sabrá que hay alguien cerca.

—Bueno, pero...

—Lo único que quiero es que si llega a saber alguna cosa que pudiera interesarnos, me la haga llegar por medio de esa persona.

La muchacha apagó el cigarrillo contra el plato vacío. Fue un movimiento lleno de vitalidad.

—No me va usted a convertir en un cimbél, míster Keller. Se lo dice la hija de mi madre. ¿Lo oye? No me va a convertir en un cimbél.

—No pienso hacer tal cosa. Sólo quiero que vuelva usted a trabajar en Joey si es que le ofrecen de nuevo el trabajo. Por otra parte, usted necesitará un empleo.

—Pienso marcharme de esta puerca ciudad.

La joven levantó la cabeza.

—O... ¿es que no puedo hacerlo?

—No, *miss* Renton, no puede usted hacerlo ahora.

Los labios de la joven temblaron. Una pálida sonrisa apareció en ellos.

—No creo que tenga gran cosa dónde escoger. Lo ha previsto usted todo, pero hay algo en lo que no ha pensado. Podría buscar otra clase de empleo.

La mirada de Keller siguió la suave línea de su brazo, su hombro redondeado y descendió hacia las caderas. No fue una mirada ofensiva. Sí, apreciativa en alto grado.

—Podría intentar encontrar de nuevo un empleo como modelo.

Lo más curioso de todo es que aquella mirada no la había desagradado en absoluto.

Había en ella sobrada admiración masculina y era Avril demasiado femenina para no sentirse en cierto modo halagada.

Luego Keller se inclinó hacia ella por encima de la mesa.

—Le doy mi palabra de que no corre usted ningún peligro, pero vuelva al Joey si es que la llaman.

—Pero... ¿y si no me llaman?

—Tengo el presentimiento de que la llamarán, *miss* Renton.

—Hola, Avril —dijo una voz a sus espaldas.

Ella alzó la mirada y Keller se volvió ligeramente.

—Hola, Lenny. —Avril agitó una mano en el aire—. Te presento...

Por debajo de la mesa, Keller la alcanzó con un ligero puntapié en el zapato.

—... A un viejo amigo. Lenny Milos. Fue compañero mío en Joey. ¿Comiste ya, Lenny?

Lenny inclinó la cabeza.

—Sí —respondió—. Te vi por los cristales. Me alegro de que... me alegro de que te encuentres bien, Avril. Y no crea que han sido muchos.

Estrechó la mano de Keller y se alejó.

—Es el primer violín de Joey —dijo Avril—. Y uno de los mejores hombres con que me topé en mi vida. Y no crea que han sido muchos.

Keller dijo sonriendo:

—Supongo que estará enamorado de usted. Todos esos hombres

de mediana edad suelen...

—Oh, cállese.

Avril se puso en pie.

—Está bien, míster usted gana.

—Llámeme Barney.

—Ni lo espere. Y ahora, si no quiere usted otra cosa, no me importaría marcharme. Quiero dormir durante treinta y seis horas seguidas. ¡Espérame, Lenny!

Y un momento después, Barney Keller estaba solo.

Sonriendo un poco torcidamente, pagó la cuenta y salió a la calle. Su automóvil le pareció demasiado ancho y vacío después de haber tenido junto a sí el cuerpo de la joven.

CAPÍTULO V

El senador Thomas Lester terminó de cenar.

Su criado japonés, un diminuto anciano de cara arrugada como la de un mono, le servía los escasos y poco apetitosos alimentos. Cuando terminó, le llenó un vaso de agua mineral y se lo alargó.

Lester lo tomó como si fuese un rito, ya que era un hombre que padecía mucho del estómago. De todas maneras, aun cuando hubiera estado completamente sano, no habría bebido otra cosa. Era un puritano.

Se dirigió a su despacho. El senador vivía en una casita de madera y ladrillo, situada en The Highs, casi al final de la avenida South Dakota. Un barrio tranquilo y poco iluminado.

El despacho de Lester estaba en la planta baja y daba a un pequeño jardín que cuidaba el japonés. El senador se sentó a su mesa y se puso a escribir. De vez en cuando revisaba un fichero y tomaba una o dos notas. Escribía con rapidez y en menos de una hora había dos folios enteros de apretada escritura sobre su carpeta.

Se echó para atrás en la silla, con un suspiro de satisfacción y en ese momento sonó el teléfono que había sobre la mesa.

Cogió el aparato y se lo llevó al oído al mismo tiempo que pronunciaba un «hola» cavernoso.

—¿El senador Lester? —preguntó una voz suave.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Eso no importa, míster Lester. Sólo quería preguntarle si ha leído usted los periódicos estos días.

—Si no me dice con quién hablo, cortaré —respondió el senador secamente.

—Y si los ha leído, ¿sabe que puede causar perjuicio a ciertas personas?

—Voy a cortar —anunció el senador. Luego añadió—: Supongo que hablará usted en nombre de ese bribón de Marino. ¿Verdad?

—Senador Lester: ¿podría usted retractarse de todo lo que dijo el otro día ante el Senado del Estado?

Por primera vez la voz de Lester pareció humanizarse.

—Siga —dijo.

—¿Podría usted decir que todo lo que dijo no fue más que el producto de un momento de...?

—Sí, podría decirlo —respondió Lester—. Pero... no lo haré. Escuche, quienquiera que sea: voy a enviar a ese miserable perturbador, a ese bandido, a ese repugnante maleante, al lugar del que vino: al infierno. Y con él a todos los que prosperan con las pezuñas hundidas en el vicio, en la corrupción y en el escándalo moral y público. ¿Lo ha oído usted bien? Todo eso voy a hacer con ellos. Y ahora, cuelgo.

Y lo hizo. Sin despegar la mano del auricular, permaneció unos momentos. Luego, con una ligera sonrisa, volvió a su trabajo.

No oyó el ligero ruido que hizo la ventana tras de él. El silbido del viento en los árboles de la calle se lo impidió. Pero sí sintió en la nuca la bocanada de aire fresco.

Se volvió y la pluma cayó de su mano.

En el oscuro exterior había una figura y algo brillaba en su mano. Lester se incorporó.

—¿Quién se ha...? —comenzó.

No acabó la frase.

Sintió un dolor lancinante en el vientre y se dobló sobre sí mismo, la boca abierta y los ojos desorbitados. Se llevó ambas manos a la parte dolorida y rodó sobre sí mismo, arrastrando la silla en su caída.

De nuevo se oyó aquel extraño ruido, como si golpease madera contra algo enguatado y el senador Lester pasó de la vida a la muerte.

La figura se perdió de nuevo en el jardín.

Beaton se quedó mirando el cuerpo del senador, que parecía un trágico muñeco, hecho un ovillo sobre el suelo.

Los agentes encargados de las huellas digitales y los fotógrafos habían marchado ya. Sólo quedaban dos camilleros con bata blanca, esperando la orden del inspector para llevarse el cuerpo. El médico forense había salido hacía poco tiempo ordenando que le llevaran cuanto antes el cuerpo para hacer la autopsia.

Beaton trasladó su mirada del cuerpo de Lester a la mesa. Allí, sobre un algodón, había dos casquillos de bala.

La puerta se abrió y el policía de facción se apartó para que entrase Keller. Éste venía afeitado y oliendo a loción. Beaton le examinó con poca benevolencia.

—Hecho un pitillo, ¿eh? —Gruñó—. No he querido que se llevasen «eso» antes de que usted le echase una ojeada.

Keller lo hizo. Luego miró los casquillos y su mirada se alzó hasta encontrar la del policía.

—Otra vez —dijo—. Beaton, eso no me gusta nada.

—Pues a mí, menos.

—No quiero decir nada hasta que los peritos informen, pero le apuesto la paga de un mes a que la bala que ha matado a ese hombre...

—Las balas.

—Está bien. Las balas que han matado a ese hombre han sido disparadas por la misma arma con la que liquidaron a Quadratico Rooney.

—Mire, no soy más que un pobre policía. ¿Qué tal si no me habla en enigmas?

Keller se inclinó sobre Lester. En ese momento entró uno de los policías. Traía cogido por el cuello al diminuto japonés criado del senador.

—Este mono sabe algo, inspector —dijo—. Por lo visto se ha acercado ahora.

El japonés pugnó por desasirse de la garra que lo oprimía.

—Suelte a ese hombre. Casey —ordenó Beaton—. ¿Qué hay, amigo? ¿Qué es lo que quiere decirme?

En un inglés preciso, aunque lento, el japonés dijo:

—Anoche, un poco antes de dormirme, oí el teléfono.

—Bravo —declaró Beaton—. Y si además del teléfono oyó algunos cláxones de coche, habrá ayudado mucho a la investigación.

—El teléfono —siguió el japonés, imperturbable—, está conectado a un aparato que registra las conversaciones. El senador hace siempre así desde que en cierta ocasión amenazaron con matarlo.

—Ríase ahora del hombre —opinó Keller.

Pero Beaton ya estaba aullando órdenes. Un momento después llevaban ante él un magnetófono.

—Aquí, no —dijo Keller—. Vamos a su oficina. Allí le explicaré lo de Quadratico Rooney.

—Probablemente lo llamaría su sastre, algún amigo o alguien igualmente importante —se quejó Beaton—. Pero no por eso voy a sufrir menos hasta que logre oír eso.

Subieron al coche policíaco y un momento después rodaban por South Dakota con la sirena abierta.

—Lo mataron a través de la ventana —resumió el policía concisamente—. La ventana estaba abierta. En el jardín no había huellas, pero encontraron los dos casquillos de las balas disparadas. Eso es todo.

—Todo excepto que Lester armó el lío hace unos días... ¿cuántos? Cuando comenzó a insultar a Marino en el Senado. Barry muerto cuando se disponía a entregarnos a Marino atado de pies y manos. Cuento usted con los dedos de la mano, Beaton, y encontrará que son diez. Ate esos dos cabos y las puntas le llevarán directamente a un hombre. ¿Por qué cree usted que me ocupo de este caso? Porque Marino está detrás de todo él y nosotros queremos coger a Marino.

—Y nosotros, si es él, por supuesto, Keller. Bueno, no me importa encontrar colaboradores para acabar con ese sucio tipo.

—Y existe, además, el detalle del arma.

—Bueno, de eso iba a hablarme usted, ¿no?

—Cuando lleguemos.

En el despacho de Beaton, colocaron el magnetófono sobre la mesa y en presencia de un técnico lo pusieron en marcha.

—Es de un modelo que se utiliza bastante ahora —dijo el técnico—. Está conectado a un reloj parecido a los que hay en la central telefónica para dar la hora cuando se marca un número. Observen ustedes que cada conversación va precedida por un silbido apagado y luego de la voz que anuncia la hora.

Escucharon dos conversaciones, una a las siete menos veinte y otra a las siete de la tarde, ambas con dos senadores. En una de ellas trataban de convencer a Lester para que se tomase unas vacaciones y otra para que se cuidase de los enemigos que sus declaraciones le iban a ocasionar.

Y por fin escucharon la última. La vocecilla aseguró que eran las diez y diez minutos y luego comenzó la conversación. Los dos inspectores se miraron cuando acabó.

—Esto es algo —dijo Beaton un poco inseguramente.

—Es mucho —respondió Keller.

Beaton tocó el timbre y acudió un agente.

—Bajen esta grabación al laboratorio y que le hagan la «radiografía» a la voz. Luego bajaré para que nos digan lo que han conseguido.

Luego llamó por teléfono para ordenar que le enviasen el resultado de la autopsia y el del análisis de las balas.

—¿Bajamos al laboratorio? —preguntó Beaton, media hora después.

En una amplia habitación, completamente llena de instrumentos, había un hombre con bata blanca, ante un aparato provisto de una pantalla como la de un televisor grande.

—El profesor Brocek, el inspector Keller —dijo Beaton—. ¿Qué hay de eso, profesor?

El aludido estrechó la mano de Keller y ladeó la cabeza como un pájaro.

—Observen —dijo.

Accionó un mando y, al mismo tiempo que oían la voz del que llamara por teléfono a Lester, en la pantalla comenzó a deslizarse una gráfica, una línea quebrada luminosa. Cuando acabó, paró el aparato.

—Si ustedes me traen a cualquier sospechoso —dijo el profesor—, y le hacen repetir esas mismas palabras, yo les diré si es el mismo que ha pronunciado las que acaban de contemplar. Las gráficas serán sensiblemente iguales.

Keller preguntó:

—¿Aun cuando intente disfrazar la voz?

—Aun así. No podrá engañar a este amigo —dijo una palmadita en la parte superior del aparato.

—Sólo falta, pues, hacer repetir esas frases a algunos de los cientos de secuaces de Marino —dijo Beaton haciendo una mueca—. Supongo que tendré que ir recogiénolos uno a uno en sus toperas.

—O peleando con los abogados de Marino —respondió Keller—.

¿Cree que nosotros, los del Tesoro, no les hubiésemos echado mano ya, de no ser por el abogado Ralston, que Dios confunda?

—Bueno —dijo Beaton—. Ya veremos. Vamos a mi despacho de nuevo.

Keller le ofreció un cigarrillo.

—Y ahora, vamos a hablar un poco de una historia que le va a interesar. Nosotros la conocemos bien. Como usted ya sabe, yo no soy un contador del Tesoro, sino un agente ejecutivo. Escuche.

La joven abrió la puerta. Lenny estaba ante ella.

—Hola, Avril.

—Pasa y toma una copa —respondió ella.

—Más tarde, si no te importa.

El violinista entró y se sentó en una silla.

—Me duelen los pies —dijo—. Por cierto... Bueno tomaré esa copa.

Avril se la sirvió y con un rápido movimiento le alborotó la poco poblada cabeza.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tú —fue la respuesta—. Traigo un mensaje para ti de míster *Trolley*.

La joven había comenzado a quitarse la bata. Se detuvo y se quedó mirando a Lenny.

—¿De *Trolley*? Lenny, no te muevas, no digas una sola palabra. Lo voy a adivinar: *Trolley* quiere que vuelva al Joey.

El otro pareció sorprendido.

—Así es, Avril. ¿Cómo lo has adivinado?

—Soy bruja. O... o alguien es brujo.

Ella se acabó de quitar la bata. Quedó de pie, al lado del biombo, sin preocuparse de que no llevaba encima más que la diminuta ropa interior. Estaba demasiado acostumbrada a la presencia de Lenny Milos.

—De manera que *Trolley* quiere verme de nuevo por allí.

Se puso las medias y se embutió en un vestido muy ajustado.

—No lo creerás, pero...

Iba a decirle que le habían anticipado que aquello podía ocurrir, pero recordó las palabras de Keller y cerró la boca. Milos la contemplaba con sus ojos de mirada cansada.

—¿Vas a ver a tu amigo del restaurante chino? —preguntó.

Ella acabó de peinarse y de pintarse los labios.

—Sí, lo voy a llevar a... Pero si *Trolley* quiere que vuelva esta noche, supongo que no podré hacerlo.

—Puedes llevarlo a Joey. Parece un hombre muy agradable.

Avril se volvió a mirarlo. Su carita triangular estaba seria y sus ojos verdes brillaban.

—No comiences a ver romances, Lenny. Ese hombre me interesa menos que el gato de la irlandesa de abajo.

—Y yo no digo otra cosa. Digo sólo que puedes llevarlo a Joey. Y, una cosa, Avril. Me alegro de que vuelvas a colocarte y de que te hayan soltado y de que las cosas se te vayan arreglando y todo eso.

Ella le acarició la mejilla con las puntas de los dedos.

—Lo sé, Lenny. Volveré por unos días a Joey, pero no creas que por muchos. Yo... a mí me gustaría colocarme de nuevo de modelo.

—Ganas mucho más en Joey.

—Hasta enseñar las piernas nada más, llega a cansar, Lenny. Eso es lo que creo que me está pasando a mí. Me canso de ver los ojos de esos borrachos saltándoseles detrás de los lentes. No seas nunca una chica guapa, Lenny, porque no harás más que encontrarte con piedras en el camino.

—Te lo prometo —respondió el hombre alzándose tan pronto sobre un pie como sobre el otro—. Y ahora tengo que marcharme.

—Te veré luego, tesoro.

Cuando el violinista se hubo marchado, se retocó mejor los labios, y se volvió a peinar.

Mientras lo hacía se preguntaba cómo demonios podía saber Keller que volvería a llamarla el encargado del Joey.

Por último se encogió de hombros.

—Ahorraremos dinero por unos días —dijo en voz alta. Y echándose sobre los hombros un ligero gabán color hez de vino, se precipitó a la calle.

—Hace dos años —dijo Keller lanzando dos chorros de humo por la nariz—, un vagabundo fue muerto en Central Park, en Nueva York. Su cadáver apareció en uno de los bancos que hay a la orilla del Lago Serpentine. Lo habían matado de un tiro y los peritos aseguraron que la bala que acabó con Quadratico Rooney procedía

de una pistola alemana, una «*Parabellum*», específicamente.

—Conozco esos chismes —dijo Beaton—. Estuve sirviendo en las fuerzas de ocupación en Alemania. Los usaban muchos oficiales del ejército alemán.

—Sí, no es un arma corriente. Es muy grande y por tanto poco manejable. Por eso extrañó tanto que Quadratico hubiera sido muerto por una bala procedente de una de ellas. Quadratico era el prototipo del sinvergüenza. Tenía un prontuario de dos yardas de largo y todo debido a chantajes, borracheras y algunas cosas más.

—Y...

—Si lo hubieran matado con un «Colt», una «F.N.», una «Magnum», no hubiera extrañado a la policía. Pero con aquella, francamente sí. Center Street encontró que nosotros habíamos procesado en cierta ocasión a Quadratico por evasión de impuestos, en cierta época en que las cosas le rodaron bien, y nos pasó el dato como curiosidad. El informe de los peritos... bueno, cójase a la silla.

—Lo estoy haciendo, Keller. Usted quiere asombrarme y seguro que a lo mejor lo consigue.

—Había constancia de aquella arma. De aquella misma arma. De ese mismo ejemplar. Una de las espirales del cañón era más corta, debido quizás a haber utilizado la pistola con balas no apropiadas. El caso es que al examinarla los peritos, metieron la cabeza en el archivo y nos presentaron una fotografía de otra bala disparada por la misma arma.

Beaton encendió un cigarrillo. Contemplaba atentamente a Keller.

—Vamos, vamos, usted quiere matarme de curiosidad.

—Bien, voy a acabar. En mil novecientos cincuenta y dos, un comandante americano de guarnición en Alemania, fue asesinado con aquella pistola. Un grupo de oficiales ingleses y americanos habían estado bebiendo, jugando y persiguiendo a las chicas. Uno de ellos apareció muerto en una calleja oscura. No se pudo encontrar al asesino, pero se supo una cosa. Uno de los hombres de aquel grupo tenía una «*Parabellum*», comprada a un antiguo oficial alemán. Varios se la disputaban, la llevaban aquella noche, pero el arma desapareció.

Keller encendió otro cigarrillo.

—El comandante muerto había ganado aquella noche al juego,

bastante, según los demás; cerca de cinco mil dólares. El dinero no apareció. Cuando se descubrió el cadáver, a la mañana siguiente, por mi vagabundo, no tenía encima más que unos pocos billetes de a dólar en el bolsillo de la guerrera.

»La policía militar comenzó las investigaciones e interrogó a todos los del grupo. Ninguno de ellos sabía qué había sido de la “*Parabellum*” y a ninguno de ellos puede achacársele el asesinato, al menos con la más ligera prueba.

—Y esa pistola viajó hasta los Estados Unidos —dijo Beaton mordisqueando la punta de un cigarro.

—No sin que antes se establecieran algunas conclusiones muy interesantes. El muerto era un comandante del servicio de información. Sus superiores sabían que andaba tras la pista de un oficial del y Ejército que había matado a un coronel, durante escapada de Patton hacia el sur en Bretaña.

»El coronel había muerto de un balazo en la nuca. Nunca se supo si por un compañero o por algún tirador alemán camuflado que le había disparado desde la espalda.

»El oficial muerto de información no dijo de quién sospechaba, pero cuando él apareció muerto, sus superiores comenzaron a sospechar que algo había podrido en el ambiente. Los cinco mil dólares podían no ser más que una excusa que encubriese el hecho de que el amenazado quería librarse del perseguidor. El caso es que se vigiló a todos componentes del grupo. Eran siete. Cinco de ellos murieron en la explosión de una mina, durante unas maniobras. Dos fueron licenciados. Pues bien, Quadratico era uno de ellos. Lo llamaron después así porque en la cárcel acostumbraba a usar el alfabeto cuadrático de golpecitos en las paredes para comunicarse con los demás detenidos.

Hizo una pausa mirando a Beaton.

—Por tanto, el otro tenía que ser el asesino.

—Comprendo. Rooney encontró al superviviente, aquí, en los Estados Unidos.

—Y le hizo objeto de un chantaje. Sí. Entonces, el otro lo mató.

—Pues bien, en ese caso, no hay más que mirar las listas de aquellos siete oficiales, y el que falte...

Keller movió la cabeza.

—Se hizo. El único superviviente del grupo era el capitán de

intendencia Colin B. Tormos. Ése es el hombre que «debe» tener la *«Parabellum»*, y es el hombre al que se busca. Ese hombre está aquí, en esta ciudad.

—Pero podría haberla vendido a otra persona, ¿no? Y que esa persona fuese la que está cometiendo los crímenes.

—No. Aquella pistola tenía munición especial. Cuando Tormos se quedó con la *«Parabellum»*, se quedó también con las balas. Puede que muchas, puede que pocas. Pero él es quien tiene ambas cosas.

—Y bien, ¿cómo puede ser tan difícil coger a un hombre de que se sabe que estuvo en el ejército y cuyos papeles deben estar en la Oficina de Desmilitarización?

—Tormos debió cambiar de nombre. Existe su historial, sí, existen sus huellas digitales en la cartilla militar, pero... no tenemos a Tormos. Además, hay otra cosa. Tormos era un asesino. Fíjense hablado con hombres que estuvieron a sus órdenes y ninguno de ellos ha vacilado. Era un hombre al que le gustaba matar. En cierta ocasión, mató a un prisionero alemán y luego dijo que había querido escapar de un campo de concentración. Dijo que «se había querido escapar», pero nadie estaba conforme con aquello. No me dejo colgar si Tormos no está empleando su arma aquí. Pero hay que encontrarlo y encontrar también su arma.

—Bien, ¿qué piensa hacer usted? Yo ya sé que tengo que buscar al asesino del senador, pero, usted...

—Quiero averiguar qué concomitancias puede tener Tormos con Marino. Porque cuando encuentre a Tormos sabré mucho acerca de cómo Marino puede eliminar a aquellas personas que le molestan. Habrá un caso para presentarlo ante los Tribunales Federales.

Estrechó la mano del policía y añadió:

—Beaton, necesito que sus hombres no pierdan de vista ni un solo momento a Avril Renton o María Boritski, como quiera.

—Podría usted no perderla de vista tampoco, Keller. El trabajo no debe ser muy desagradable. Diablos, esa muchacha es un verdadero bombón.

—Lo haré, pero yo solo no puedo, Beaton. Y no porque sea un bombón, sino porque es un testigo muy valioso.

—Pero también es un bombón.

—Bueno, lo es. ¿Lo hará, Beaton?

—Cómo no, desde luego.
Keller se dirigió a la puerta.
—Hasta la vista, Beaton.

CAPÍTULO VI

El jefe de camareros inclinó la cabeza en un ángulo recto y precedió a los tres hombres hasta una mesa situada bajo una de las arcadas del salón. Desde ella se podía divisar toda la pista de baile y el tablado de la orquesta.

Marino se sentó y los dos hombres que lo acompañaban hicieron lo mismo. Detrás de cada uno de ellos se colocó un camarero, y el *maître* ofreció la carta a Marino con un breve y distinguido floreó.

Bartolomeo Marino la tomó y, con el puro aún sin encender, señaló lo que deseaba comer sin pronunciar una sola palabra. No habían pasado diez minutos cuando trajeron lo pedido con una botella de vino italiano.

—Muchachos —dijo Marino blandamente—. De todas mis ratoneras, ésta es la que prefiero.

Miró afectuosamente al jefe de camareros y éste se inclinó, una sonrisa en sus finos labios.

—*Merci, monsieur.*

—¿Habéis oído? Francés. Puro. Nada de Nueva Orleáns. De Francia.

Le dio una palmada en el trasero al *maître* y se restregó las manos.

—La atracción va a comenzar, *monsieur* —dijo el *maître*.

Uno de los guardaespaldas de Marino dio fuego al patrón, pero éste lo rechazó. Había atacado la sopa de *minestrone* y sus compañeros hicieron lo mismo.

En ese momento las luces se apagaron y la pierna derecha de Avril Renton comenzó a moverse sugestivamente delante de la cortina.

Y cuando la muchacha terminó, Marino dijo una indecencia, que los demás corearon con risotadas.

—Que la traigan —ordenó Marino—. Quiero hablar con «ésa».

El *maître* dio una palmada y un camarero se acercó a la carrera. Un momento después, Avril estaba ante el dueño del Joey.

—Siéntate y toma una copa —ordenó éste haciendo un ligero movimiento con la mano—. Supongo que querrás champaña, ¿verdad?

—No me moriré si no lo tomó —fue la respuesta. Los ojos de la joven lo miraban calculadoramente y los del patrón le devolvieron la mirada. En menos de cinco segundos, ambos se midieron—. Prefiero *whisky*, ésta es la verdad.

—Las damas toman champaña.

—Las damas puede que sí.

Marino se echó a reír alegremente.

Avril se sentó. Llevaba la misma ropa con la que había bailado, pero se había echado una capa escarlata por encima. Se cubrió con ella, pero sin olvidar dejar algo que Marino pudiere mirar. Éste lo hizo.

La orquesta había empezado algo que sirviera de pretexto a las parejas para restregarse una contra otro. Marino se inclinó hacia la muchacha.

—Tú eres la que estuvo en chirona.

Avril asintió.

—No te hubieran tenido mucho tiempo allí dentro, chiquita. Mi abogado les hubiera obligado a soltarte.

—Pues ya pudo hacerlo. Me pasé allí dos días.

—Entonces yo no te había visto.

—Y... ¿ahora?

—Ahora sí te he visto. No volverán a meterte allá o te sacarán al momento.

La joven entornó los verdes ojos hasta que formaron una rendija. El pulso de Marino se aceleró. Hacía tanto tiempo que una mujer no provocaba en él aquella sensación, que Bartolomeo se sintió feliz.

Se llenó la copa, llenó la de ella y se la ofreció.

—Vamos a brindar por ti, chiquita. Y cuando Barty Marino brinda por alguien, esa persona sale disparada hacia lo alto. Que lo digan éstos. ¿Eh, muchachos?

—Claro, Barty —corearon.

Ella bebió sin dejar de mirarlo. En ese momento la orquesta paró

y las últimas palabras de Marino fueron perfectamente audibles para los que ocupaban las mesas vecinas.

—Que siga la música —ordenó el dueño.

Por encima del hombro de éste, Avril vio una alta figura que se dirigía hacia ellos. Un camarero le salió al paso, pero el hombre lo apartó con un seco movimiento de la mano.

—Buenas noches —dijo Keller.

Marino se volvió, sorprendido.

—Ah —dijo el agente—. Siéntese y tome una copa. Yo invito.

Keller no hizo caso de la indicación.

—Supongo que no se alejará de la ciudad —le dijo a Avril.

Ésta lo miró con sorpresa.

—¿A qué viene eso? —preguntó.

—¿Está trabajando aquí?

—Sí.

—¿Quién la contrató? ¿Marino?

Uno de los guardaespaldas de éste se puso en pie, empujando la silla para atrás.

—¿Alguna vez le partieron los dientes? —preguntó.

Keller lo miró serenamente.

—A tu amigo se los toqué yo ayer. ¿Quieres que lo haga también contigo, muchacho?

Marino se metió de nuevo el puro en la boca.

En ese momento un hombre bajo y muy delgado, vestido con un esmoquin negro, se acercó.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. No quiero escándalos en mi casa.

—¿Su casa? —preguntó Keller—. ¿Desde cuándo? Usted es *Trolley*, ¿no es eso? ¿Desde cuándo ésta es su casa?

Marino aceptó la lumbré que el jefe de camareros le ofrecía.

—Déjenlo, muchachos. No se puede impedir a un tipo que patalee si no le salieron bien las cosas. Porque eso es lo que está usted haciendo, agente, patalear. Vamos, tome una copa con nosotros o lárguese.

Keller metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Si hay algún hijo de perra que quiera jaleo, no tiene que hacer más que un solo movimiento. Uno solo.

—Las palabras no hicieron nunca un agujero a nadie —observó Marino, que se había puesto ligeramente pálido. Tenía las

mandíbulas apretadas y su cara desmentía sus palabras—. Déjenlo, muchachos. Nos vamos de aquí.

—Mire, agente... —comenzó *Trolley* contemporizando.

Keller le dio un empujón y lo lanzó contra una mesa.

Seguía con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta.

—Cállese, bastardo. Vamos, Marino. ¿No se iba usted?

—Sólo hay una cosa que me dé más asco que un borracho —dijo Avril—. Y es un policía borracho.

—Tú, vete a vestir, nena, que vas a venir conmigo donde nadie nos moleste —dijo Marino eligiendo bien las palabras y sin apartar la mirada de Keller.

Entonces éste le dio un bofetón. La pistola estaba ya en su mano y apuntaba circularmente.

—¿Algo más, bastardo? —preguntó—. ¿Se te ocurre alguna cosa más, bastardo?

Algunas mujeres lanzaron chillidos y la gruesa figura de un policía apareció junto a Keller, con la porra en la mano.

—Departamento del Tesoro —dijo éste con los dientes apretados—. No intervenga.

—¿Quiere que me lleve a alguno de éstos? —preguntó el policía dubitativo.

—No, no vale la pena que se manche las manos. Creo que ya se marchan.

—El aire fresco de la calle nos va a venir bien a todos —opinó Avril.

Marino se movió despacio para salir de detrás de la mesa, estaba casi arrinconado por el cuerpo del agente.

—Por favor, señores, por favor... —imploraba *Trolley* retorciéndose las manos.

Luego Keller dio media vuelta.

—Váyase con ese sucio bastardo asesino —le gritó a Avril—. Pero no chille si el aliento le huele a ajo, después.

Y echó a andar. El policía miró a uno y otro con aire irresoluto y luego lo siguió. Marino mascaba algo entre sus dientes y sus ojos eran como cabecitas de alfiler. Sus manos se abrían y cerraban rítmicamente.

—Quiero saber quién es ese tipo —dijo apaciblemente—. Quiero saberlo antes de dos horas o alguno de vosotros se va a acordar de

Barty Marino. Se va a acordar, lo digo yo.

Luego, lentamente, sin dejar de masticar, se dirigió a la salida. Más de cincuenta pares de ojos seguían su marcha. Cuando llegó a la puerta se volvió a *Trolley*, que lo había acompañado como un perro apaleado.

—Diga a la señorita que la estoy esperando en mi coche. Que no se retrase.

—Sí, sí, señor.

Y de esta manera, cinco minutos después, Avril Renton subía a un «Mercedes» negro dentro del cual estaba Marino sentado frente a uno de sus guardaespaldas. El otro parecía haber desaparecido.

Entonces fue cuando Marino dio suelta a su lengua.

Avril no entendía bien el italiano, pero no perdió el sentido de una sola de las frases. No se repetía mucho, por cierto.

Cuando acabó, dijo:

—Ahora, chiquita, iremos a mi casa. Allí no irá ese...

—Tomaré una copa —dijo ella.

—Tomarás todas las copas que yo quiera.

No parecía haber gran cosa que discutir, y Avril se calló.

Keller subió a su coche y lo puso en marcha. Por el espejo retrovisor vio cómo un auto grande y oscuro salía del callejón y comenzaba a seguirlo. Le dirigió una mueca.

—Anda, muchacho —dijo en voz alta. Y puso el coche a velocidad moderada.

Joey estaba situado en la calle del gobernador Rattigan paralela a Almonastir y Roxas. Cuando pasó ante los almacenes de

Garrett & Kucharski,

volvió a ver el auto que lo seguía.

Se metió por una lateral y salió Kosciusko. El apartamento que había alquilado estaba en esta última calle, en un edificio de quince pisos. Se apeó del coche, dejándolo en la acera y subió en el ascensor.

Cuando entró en su departamento, en el sexto piso, se quitó la chaqueta y encendió una luz. Mantuvo esta encendida durante unos minutos y luego la apagó. Apartó las cortinas de la ventana y miró hacia abajo.

El coche oscuro estaba parado casi en la esquina próxima y un

hombre salía de la entoldada puerta del edificio.

—Adelante, chicos —dijo sonriendo.

Se preparó un *whisky*, le puso un poco de agua y se lo bebió a sorbos mientras fumaba pensativamente.

—Mire, sólo quería una copa —dijo Avril incorporándose sobre el diván.

Estaban solos en el enorme salón, en uno de los rincones, que evidentemente había sido preparado para escenas semejantes.

Luces indirectas, disimuladas tras escayolas y maderas nobles, un pequeño bar muy bien surtido y un fuerte perfume a jazmín que estaba empezando a marearla.

—Vamos, tómate otra —dijo Marino. Sus ojos estaban ligeramente enrojecidos—. Tómate otra, te digo. ¿Cuánto ganas en Joey? ¿Eh? ¿Cuánto te paga ese roñoso de *Trolley*? ¿Cien semanales? Te diré que te pase a quinientos, ¿eh?

—Hará de mi una mujer feliz, míster Marino, pero ahora, en realidad, yo debiera...

Marino enarcó las cejas.

—¿No es bastante, nena?

Ella trató de ponerse en pie, pero Marino la sujetó por el brazo. De pronto, Avril Renton recordó que había vivido una escena semejante hacía poco y sintió un escalofrío.

—Déjeme, míster Marino. Ya he tomado la copa.

—«Idiota, idiota —se dijo a sí misma—. Puedes estar tirando tu porvenir a la calle».

Pero contempló el corpachón de Marino, aquella panza caliente que se le echaba encima y sintió náuseas. Entonces, y sólo entonces, comprendió que había cosas «que no podía hacer», ni siquiera por «mucho dinero». Aunque a veces hubiese pensado que sería perfectamente capaz de hacerlas.

Se echó a reír. Aquello le sentó mal al hombre.

—¿De qué diablos te ríes?

—De una escena muy semejante a ésta —respondió la muchacha—. Una escena que acabó bastante mal. Llamaron a la puerta, el hombre que estaba conmigo salió... y lo mataron. Se trataba de míster Barry, ya sabe a quién me refiero.

Alguien llamó a la puerta.

Avril Renton tragó saliva y vio cómo una palidez verdosa se extendía por la cara de Marino. Éste abrió la boca, la cerró de nuevo y por fin dijo:

—Cállale, mujerzuela. ¿Qué estás tramando? ¿Eh?

Pareció reponerse y dijo en voz alta:

—Vamos, pasa.

Su guardaespaldas apareció en el umbral.

—¿Puedo hablar un momento con usted, míster Marino?

El italiano se le acercó y cuchichearon durante un momento. Luego Marino inclinó la cabeza afirmativamente. El hombre desapareció.

Avril se sintió aliviada, y al mismo tiempo un poco defraudada. No le hubiera importado mucho ver a Marino tendido en el suelo, con una mancha escarlata saliendo de su cabeza... Volvió a la realidad al ver acercarse de nuevo a Marino, muy vivo, y dispuesto a la batalla.

No supo bien en qué momento comprendió que había algo que ya no marchaba bien. Se incorporó en la cama y se quedó mirando la puerta.

Ésta estaba situada justamente frente a la de entrada. La débil luz azulada que iluminaba esta última la alumbraba lo suficiente como para darse cuenta de que alguien trataba de entrar.

El picaporte emitió un destello dorado. Alguien lo hacía girar.

Keller sacó la pistola de debajo de la almohada y apuntó a la puerta. Ni siquiera trató de levantarse.

Luego, la luz de seguridad se apagó. Estaba conectada a un dispositivo colocado sobre la puerta, por la parte de fuera y que permitía apagarla cuando el ocupante del piso se ausentaba.

Keller sonrió torcidamente.

Una débil franja luminosa quebró la oscuridad. Se fue haciendo más y más ancha y por fin algo la interrumpió. Keller se esforzaba en ver, pero tenía que apartar las pupilas para ver el punto en que la sombra cortaba la raya de luz. No obstante, sabía perfectamente que ya no estaba solo en el cuarto.

Había un asesino con él.

Luego sintió un ligero crujido, quizá un zapato húmedo, el roce de una pernera del pantalón contra otra... algo. Algo que se acercaba cada vez más.

Disparó y se echó a rodar en la cama, hasta caer al suelo. Algo pasó silbando junto a su cabeza y fue a enterrarse en la almohada, levantando una nube de lana.

Desde el suelo y haciendo flexión con brazos y piernas, saltó sobre su atacante.

Sus manos entraron en contacto con la rugosa tela de un traje y dio un golpe con todas sus fuerzas donde supuso que habría una cabeza. Un nuevo golpe, otro...

Se puso en pie y dio la luz. Entonces dejó escapar una maldición. Desde el suelo, dos ojos sin vida lo enfrentaban. Entre ellos una diminuta estrella roja de la que manaba un hilo de sangre.

El hombre llevaba una pistola en la mano y ni aun al morir la había soltado. Pero aquella pistola no era una «*Parabellum*» alemana de gran tamaño y largo cañón, sino un revólver en cuyo cañón habían fijado un silenciador.

Keller se dirigió hacia el teléfono mientras en el corredor se oían voces alarmadas que preguntaban lo que había ocurrido. Marcó el número de la policía y una voz le invitó a hablar.

Apenas media hora después, su piso estaba invadido por agentes. Beaton examinaba y dirigía los trabajos de sus hombres. Cuando éstos acabaron, se volvió a Keller.

—¿Bien? —preguntó.

El agente del Tesoro preguntó:

—¿Qué edad cree usted que podría tener ese hombre?

—Yo diría que unos treinta años.

—Eso le da la respuesta. Es hombre no era «*Parabellum*» Tormos. No podía serlo, simplemente. «*Parabellum*» debía ser más viejo, bastante más. Yo diría que debería tener no menos de cuarenta y cinco. No es que haya cambiado de pistola. Es que se trataba de otro hombre.

—Si tiene prontuario lo vamos a saber dentro de poco —respondió Beaton encendiendo un cigarrillo—. Cristo, Keller, ¿se ha salvado usted por el canto de un naipe!

—Lo estaba esperando —respondió Keller—. Lo esperaba desde que esta noche provoqué y golpeé a Marino, y que conste que esto me puede costar una reprimenda de mis jefes, pero... ¡al diablo las reprimendas! Me pagan no por ser un cazador de contabilidades falsas, sino por ser un ejecutivo del Servicio Secreto del Tesoro.

—Sí, los hombres que protegen al presidente —respondió Beaton.

—Por cierto, ¿qué noticias tiene usted de los hombres que puso para vigilar a la chica? Beaton esbozó una sonrisa zorruna.

—La muchacha está ascendiendo de categoría, como usted sabrá. En este momento se encuentra en casa de Marino.

Keller arrojó la punta de su cigarrillo contra la pared. Su cara, no obstante, seguía inexpresiva.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Beaton—. Supongo que la chica ya tiene edad para saber lo que hace.

Keller había cogido el teléfono. Comenzaba a marcar un número, cuando se interrumpió.

—Venga conmigo —dijo.

—¿Dónde?

Pero no discutió.

CAPÍTULO VII

Subieron a un auto patrullero que partió a una velocidad suicida, rumbo al sur. Menos de cinco minutos después llegaban ante la casa de Marino. El coche se detuvo chirriando junto al cordón de la acera y Keller se apeó de él.

Cuando llegaba junto a la puerta de la alta verja, oyó de pronto unos pasos que se acercaban lentamente. Se paró, y de la densa oscuridad que apenas bastaba para disipar algo el farol, brotó una figura. Venía del lado opuesto de la calle.

Keller se quedó quieto. El hombre llegó hasta él y se detuvo. El chófer del coche patrullero y el inspector Beaton se acercaban ya. Los cuatro hombres convergieron casi al mismo tiempo en el mismo punto.

—Buenas noches —dijo cortésmente el hombre, quitándose el sombrero.

Keller lo miraba atentamente.

—¿Usted? —preguntó.

El hombre inclinó la cabeza, dirigiendo la mirada hacía, el uniforme del policía. En la mano llevaba el estuche de un violín. Lo agitó un momento en el aire y dijo:

—Su... supongo que iban ustedes a entrar en esta casa.

—¿Quién es el tipo? —preguntó Beaton.

—Un amigo de *miss* Renton —respondió Keller oprimiendo el timbre—. Sí, íbamos a entrar en esta casa.

—Yo... bueno, me acerqué porque... —señaló la verja con la cabeza y luego volvió a inclinar ésta—. Ustedes dispensen. No... no sabía que... bueno, creo que me he hecho un lío.

Vaciló un momento. Luego, de pronto, pareció estallar:

—¿Vienen ustedes por Avril...? ¿Quiero decir, por *miss* Renton?

Otro hombre se había acercado, pisando silenciosamente. Saludó a Beaton tocándose el ala del sombrero y señaló significativamente

a la casa.

—La paloma está dentro, inspector.

—Éste... *miss* Renton me pidió que cuando terminase yo mi turno en Joey me acercase o le llamase por teléfono a esta casa —dijo Lenny con cierta violencia—. Yo... me imagino que lo que quería era alguien en quien apoyarse para no permanecer en la casa mucho tiempo. Creo que... eso es todo.

—No tiene importancia —dijo Keller con los dientes apretados—. Mire.

A los lejos en la casa, vieren cómo una luz se encendía. Dos sombras aparecieron en la parte iluminada. Una de ellas era una mujer, inconfundiblemente. La otra, un hombre. Por un momento pudieron observar los movimientos de ambos y luego las figuras volvieron a salir de su ángulo de visión.

—Habría... habría que hacer algo —dijo Lenny con una voz ronca—. Eso es...

—La chica es mayor de edad —respondió Beaton con ligero sarcasmo—. Eh, idiota, ¿qué va a hacer...?

La mano del violinista había oprimido ya el timbre de la puerta.

Avril Renton echó la cabeza hacia atrás, de tal manera que los labios del hombre, que buscaban los suyos, chasquearon en el aire con un ruido ridículo. Pero no apartó su cuerpo de él.

—Eres... un demonio —dijo Marino con la cara congestionada—. Eres un hermoso demonio, una *strega*, una bruja. Tendría que quemarte en una hoguera. Vamos, vamos, dame un beso.

Ella escapó al apretón. Su cuerpo flexible, entrenado por uno de los ejercicios más duros que existen, por el de la danza, resbaló materialmente entre los dedos del hombre.

—Despacio, míster Marino. No soy de esas que se conforman con un dulce y una palmadita en la cabeza.

—¡Te he prometido cinco veces lo que ganas! —aulló él furiosamente—. ¿Qué más quieres?

Ella interpuso entre ambos el diván, de tal manera que cuando Marino intentaba rodear éste, ella escapaba por el otro lado.

—¿Qué es esto, la trata de blancas? —preguntó burlonamente—. Por otra parte, míster Marino, si sigue excitándose así le va a dar un ataque y eso no es nada bueno.

El demoniejo que asomaba a aquellos ojos verdes acabó de enloquecer a Marino. E hizo lo que no hubiera debido intentar un hombre de sus años y de su corpulencia: Saltar por encima del diván para atrapar a la muchacha. La corta falda de ésta permitía ver sus hermosos muslos apretados en el nylon de las medias y la franja oscura del nacimiento de éstas.

Uno de los pies de Marino se enredó en el respaldo del mueble, y el italiano se vino al suelo, pataleando sobre la alfombra.

Con toda tranquilidad, Avril pasó al otro lado del diván.

Marino se incorporó. En sus ojos brillaba una luz maligna.

—¿Qué quieres? —preguntó—. Habla. Vamos, di lo que quieres.

—Que no me traten como a una cucaracha en una carrera de tortugas. Estoy harta de que cualquiera piense que puede manosearme a gusto por el precio de una cena. Quiero algo mejor.

Hizo un gesto.

—¿Lo entiende, míster Marino?

El entrecortado aliento del italiano se había ido calmando poco a poco.

La sangre se retiraba lentamente de su rostro, volviendo a su primitivo color cetrino.

—Sí, entiendo. Quieres algo más, ¿eh? Quieres algo seguro.

—Digámoslo así.

La joven se alzó las faldas, y se alisó las medias. Los ojos del hombre seguían sus movimientos.

—Vamos, míster Marino, ¿tenemos que enfadarnos? ¿No podríamos seguir charlando amistosamente, como ahora?

Marino se sentó en el diván y encendió un cigarro.

Lanzó una nube de humo en dirección a la chica.

—Puedes sentarte a mi lado —dijo.

—¿Puedo? ¿De veras?

—Puedes. Nadie te va a poner las manos encima, pero me vas a decir una cosa.

—Dígala, míster Marino. Estoy dispuesta a colaborar en eso.

El hombre fumaba demasiado aprisa. Avril sabía que aún no se había calmado del todo.

—Bueno, ¿te sientas o no?

Ella lo hizo en un extremo del diván, presta a saltar al menor movimiento de avance por parte de Marino.

—Bueno, es esto. Tú estabas con Barry cuando lo mataron.

—La policía me lo ha hecho notar así por lo menos cien veces.

—Y no viste a quién lo mató.

—Lo repetí otras cien veces, al menos, también. Bueno, por cierto, él trabajaba para usted, ¿no?

Casi al momento comprendió que acababa de cometer una equivocación.

—Quiero decir, para míster *Trolley*.

—No te preocupes ahora de eso.

Los ojos del italiano se fueron entornando hasta convertirse en dos estrechas rendijas.

—¿Qué fue lo que viste u oíste aquella noche, cuando mataron a Barry?

El cuerpo de la joven se puso tenso. A través del ajustado vestido se notaba perfectamente el juego de los suaves músculos de sus brazos y caderas.

—¿Usted también, míster Marino?

El hombre apartó la mirada ligeramente. No tanto que Avril no llegase a notarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que la policía también me preguntó eso y que les respondí...

—¿Qué?

Una expresión calculadora, perfectamente apreciable, había aparecido en los verdes ojos de la muchacha.

—¿Qué?

—Les respondí que...

—¿Qué?

—Que no lo sabía, naturalmente.

—Estás mintiendo, chiquita.

—No lo sé, le repito.

Marino se puso en pie. Tenía la misma altura que ella, aunque el doble de anchura.

—Veamos...

Ella se preparó para saltar. Pero el hombre no se le acercó.

—¿Qué sería necesario para que te acordases?

Ella lanzó el aire entre sus labios.

—Pues... No lo he pensado muy bien. Mi memoria es débil...

Ahora sí que él dio un paso adelante.

—Alguna manera tiene que haber. Tiene que haber algún medio.

—¿Por qué le interesa a usted, míster Marino?

—Necesito saber quién lo mató, coger al hombre que lo hizo. A mí no me sacan del campo de juego a un hombre sin que yo haga algo, ¿comprendes, chiquita? Yo siempre hago algo cuando me lo hacen a mí.

En algún sitio de la casa resonó un timbre. Marino se volvió airadamente.

Luego se acercó a la ventana, dejó caer las cortinas y miró por un resquicio de éstas.

—Hay un hombre ahí abajo —dijo.

Se volvió a ella.

—¿Has dicho a alguien que ibas a venir aquí?

—Sólo a un amigo.

El tono de la joven era ligero. Cogió su gabán de encima del diván.

—Un buen amigo que a veces me acompaña a casa.

Le sonrió con todo el rostro. La boca, los ojos, el cuerpo...

—Oh, míster Marino, no necesita ponerse celoso. Es un hombre que podría ser mi padre.

Marino murmuró algo entre dientes. La joven se dirigió a la puerta y ya en ella se volvió. Barty no se había movido de su sitio.

—Digamos que tengo la impresión de que me voy a acordar... muy pronto —dijo Avril—. Digamos que tal vez mañana está usted en Joey a la hora de mi actuación. ¿Lo decimos, míster Marino?

Abrió la puerta, le dirigió la última devastadora sonrisa y salió.

—¿Dónde quiere usted que la deje? —preguntó Keller.

Estaban los tres en un taxi. Lenny Milos se mantenía pegado a uno de los costados del coche y no había abierto la boca.

—En mi casa, naturalmente. ¿Dónde se figura que podría querer que me dejara... a estas horas?

El coche arrancó.

Keller se volvió hacia el violinista.

—¿Dónde vive usted?

—Yo vivo en la misma manzana que *miss* Renton —fue la respuesta.

La joven le pasó la mano bajo el brazo y a la escasa luz del

interior ambos hombres vieron brillar los extraordinarios ojos verdes.

—Gracias, Lenny.

—¿Por qué?

—Por haberte presentado tan a tiempo. Marino se estaba poniendo verdaderamente pesado. Dios, qué panza más repulsiva tiene ese hombre.

—Míster... este caballero también llegaba a buscarte —dijo el violinista—. No me tienes que dar las gracias, Avril. No he hecho nada, en realidad.

—Puede que yo no hubiese tocado el timbre —dijo Keller.

Y para gran sorpresa suya, sintió que algo le arañaba la mano.

Cuatro uñas parecidas a almendras ensangrentadas se habían clavado en ella.

El taxi se detuvo.

Los tres bajaron. Lenny se quitó el sombrero y con una vaga despedida, se alejó. La niebla, que comenzaba a levantarse en ese momento desde el río, se lo tragó.

Keller se volvió hacia la joven.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Aquí, en la calle, nada.

Ella dirigió una mirada a su alrededor.

—No me gusta nada hablar cuando no veo nada a tres pasos de distancia.

Abrió la puerta y ascendieron las escaleras hasta llegar al primer piso.

Avril entró en su cuarto y encendió la luz. Miró a su alrededor y luego se quitó el gabán de piel.

—Tendré que mudarme nuevamente de piso. Pero no sé si lo voy a hacer o no.

Hizo un gesto. Una sonrisa extraña floreció en sus labios.

—¿Sabe usted que míster Marino me ha subido el sueldo? El quinientos por ciento. Aunque...

Movió la cabeza.

—Aunque no sé si mañana mantendrá la oferta al ver que no hago caso de sus poco veladas insinuaciones de desnudarme. Como usted habrá observado, señor mío, me expreso con gran claridad. Por cierto, que finge usted la borrachera con gran propiedad. Yo

misma llegué a creer que había tomado algunos tragos de más.

Keller se dijo que le gustaba aquella manera de tomar las cosas y, sobre, todo su acento y sus movimientos. Pero había ido allí para algo más.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó.

Se había sentado en una de las sillas.

Ella, parada en medio del cuarto, con un cigarrillo entre los labios escarlata, los ojos entornados y las manos en las voluptuosas caderas, le devolvió la mirada.

—Si a la hija de mi pobrecito padre, que en paz descanse, le hubieran dicho sólo hace seis meses que se iba a convertir en confidente de la policía...

Él hizo un gesto.

—Bueno, del Tesoro, bueno, de lo que sea... y además, si soy una confidente, si se lo hubieran dicho, la hija de mi pobrecito padre hubiera amado al manicomio para que se llevaran al que se lo decía. Y sin embargo, ¿qué es lo que estoy haciendo?

Keller sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Me va usted a decir lo que ha hablado con ese cerdo? —preguntó secamente.

Ella se quitó el cigarrillo y lo sacudió para hacer caer la ceniza.

—Sí, hombre, se lo diré, no me atosigue. Pues... quiere saber lo mismo que ustedes. Qué fue lo que yo sentí, u oí, o vi, u olí en casa de Barry, cuando lo mataron. La cosa va pareciendo ya monótona. No sé si quedará alguna persona ya en esta ciudad que haya dejado de preguntármelo, pero lo dudo.

—Y usted, ¿qué le ha dicho?

—¿Qué podría decirle? Que no sabía nada, que no me acordaba. Ahora bien, me he dado buena maña, según creo, para hacerle suponer que me estoy guardando algo. En una palabra, que quiero sacar un buen precio no solamente del bonito físico que heredé de mi madre, sino también de algo que he podido averiguar.

Keller se puso en pie y la tomó por los brazos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó.

Ella pugnó por soltarse.

—¿Va usted a hacerle la competencia a Marino en lo de portarse como un cerdo, agente? —preguntó.

Keller la soltó.

—Usted está completamente loca. ¿No comprende que mientras ellos piensen que no sabe nada, está segura, pero que dejará automáticamente de estarlo en cuanto se imaginen que tiene usted una clave, algo que pueda servir de prueba contra Marino? ¿No lo comprende, loca?

Ella lo miró tranquila. Su voz era serena cuando dijo:

—¿Tiene usted miedo por mi vida? ¿Teme por mi vida o es simplemente que no le gusta que les ocurra nada a sus testigos?

Keller no podría decir jamás en qué instante sus labios se unieron a los de la muchacha. Sólo que en cierto momento ambos estaban separados y al siguiente apretados uno a otro con desesperación.

Cuando se separaron, jadeantes, ella dijo:

—Cumple con tu deber de una manera particularmente concienzuda. Esta noche no hago más que tropezarme con gente concienzuda. Marino, también.

Keller estaba ceñudo. También, un poco avergonzado de sí mismo.

—No estoy para bromas. No has debido hacerle creer eso a Marino.

—Pues... el caso es que ya lo hice. Me imaginé que así te facilitaría el trabajo.

—No me va a facilitar el trabajo el hecho de tener que vigilarte ahora para evitar que te escabechen.

La respuesta había sido brutal.

Luego, dulcificando un poco el tono, añadió:

—O bien, hacer que salgas de la ciudad.

—¿Ahora? Ahora es cuando no quiero marcharme. No puedes hacerme perder el tercer acto.

—Tampoco quiero que te maten. No lo quiero en manera alguna.

—Pues no te apartes mucho de mí. Eso es fácil de arreglar.

Los ojos lo miraron desde muy cerca. Keller la tomó de nuevo en sus brazos. Cuando los labios de ambos se separaron, dijo sin dejar de apretarla contra sí:

—¿Besa igual Marino?

—¿Crees que a él le hubiera permitido... esto? —Fue la respuesta.

—Ni... ¿por un aumento de salario?

Nuevamente las uñas de Avril establecieron contacto con su carne, pero esta vez fue su rostro quien las recibió. Dio un respingo y se apartó.

—No soy lo que se pueda decir un modelo para señoritas de un colegio de religiosas —dijo ella dejando salir las palabras rasposamente entre sus menudos dientes—, pero no me vas a decir cosas de ésas si no quieres que te saque los ojos. Ya he hecho bastante por ti, ¿no crees?

Keller se dejó caer en una silla y sentó a la joven sobre sus rodillas. Por un momento ninguno de los dos habló, porque no se puede hablar y besar al mismo tiempo.

—Si algo te ocurriese... no me lo perdonaría nunca.

—Nada me ocurrirá si tú estás cerca. Y supongo que lo estarás, ¿verdad? Y ahora, vete, tesoro. No puedes permanecer más tiempo aquí. La irlandesa de abajo podría entrar en sospechas. Quiero decir, en sospechas de que pretendieras quedarte aquí para siempre sin pagar suplemento por huésped.

Keller sintió deseos de ahogarla.

Una especie de nudo se le formó en el pecho y le subió garganta arriba.

—Supongo que tu patrona no tendrá gran cosa de la que escandalizarse —dijo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y lentamente una oleada de carmín fue bañándole el rostro.

—Más vale que te vayas ahora, muchacho.

—¿Por qué?

—Más vale. No es hora a propósito para comenzar una bronca.

—¿Es que tienes ganas de riña?

—Es que no pienso simplemente aguantar más indirectas. No te he pedido nada, muchacho. Nada, vete metiendo eso en la cabeza.

Keller cogió el picaporte y lo movió.

—Te veré mañana —dijo secamente.

Le volvió la espalda y salió al corredor. No se volvió, pero si lo hubiera hecho, habría podido observar el brillo húmedo en los inmensos ojos verdes de la chica.

CAPÍTULO VIII

Sintiendo la estúpida sensación de aquel que se ha metido en un charco de agua sucia pudiendo haberlo evitado, el agente del Tesoro Barney Keller salió a la fría calle sumergida en la niebla.

Por lo general, y más después de las cosas que habían ocurrido aquellos días, no se descuidaba, pero aquélla no era una ocasión común.

Aún sentía en los labios la tersa dulzura de los labios de ella y en la cabeza un ligero mareo al recordar el calor de su cuerpo.

Por eso, solamente cuando dio diez o doce pasos en la niebla, comprobó que se había descuidado. Y para entonces ya era un poco tarde.

No pudo distinguir la figura y tampoco intentó echar mano a su propio revólver porque aun en aquel brevísimo espacio de tiempo comprendió que hubiera sido inútil.

Lo que hizo fue dar un salto de costado que le llevó casi al centro de la calzada. La bala, que le hubiera alcanzado en pleno pecho, le rozó en el brazo izquierdo.

Pero salvó la vida. Con la mano derecha sacó la pistola justo en el momento en que otro chispazo anaranjado le avisó de que su asaltante volvía a disparar.

Pero ya la niebla lo cubría.

Disparó contra los pasos que se alejaban y luego echó a correr él mismo. Tropezó con el borde de la acera y cayó al suelo. Sentía un dolor agudo en el brazo y la sangre le chorreaba por él.

Maldiciendo roncamente comprendió que jamás lograría alcanzar a su enemigo en aquella huida. Levantó la cabeza tratando de escuchar el ruido de algún motor, pero nada oyó. Un silencio obsesionante parecía haberse adueñado de la calle.

Dudó un momento entre subir de nuevo al departamento de Avril o seguir, pero por fin decidió esto último. Algún oscuro

instinto le prevenía contra la presencia de la muchacha en estos momentos.

Entonces echó a andar, procurando no apartarse de las fachadas de las casas y parándose de vez en cuando para escuchar si le seguían. Sólo oía los latidos de su propio corazón.

Un sol pálido intentaba vanamente atravesar los jirones de niebla que aún quedaban de la noche anterior. Beaton se bajó del coche policíaco y ascendió de dos en dos las gradas del hospital de Saint Justin. Un momento después entraba en la habitación de Keller.

Éste se encontraba en la cama, con un brazo vendado saliendo de entre las sábanas.

En la puerta había un hombre vestido de paisano, al que Beaton no conocía.

—Un agente del Tesoro —dijo Keller—. Bueno, ¿qué le parece? Beaton estaba serio.

—Tenía usted razón —dijo—. Esta vez sí que se trataba de nuestro amigo el hombre de la «*Parabellum*». La bala que tropezó con el brazo de usted, partió de esa pistola.

Iba a encender un cigarrillo, pero lo pensó mejor y lo volvió a guardar.

—El otro, el que trató de asesinarlo en su casa, era un pájaro de la nieve, y nadie, si no es el buen Dios, podrá hacer que confiese quién lo envió a matarlo a usted. Probablemente algún desconocido, por unas pulgaradas de coca.

—Así que Marino se ha asustado lo suficiente como para enviarme a su ejecutor de altas órdenes, a «*Parabellum*» en persona —dijo Keller—. Bien, haga el favor de tocar ese timbre.

—No pensará en levantarse con el brazo en esas condiciones.

—Pruebe a impedírmelo. ¿Sabe usted lo que hizo esa condenada chica? Hacerle creer a Marino que sabía algo del asesinato de Barry. Eso quiere decir que tratarán de eliminarla si la han creído.

—Pero está vigilada... —comenzó el policía.

Una mirada al rostro de Keller le hizo callar.

—Bueno, bueno, de acuerdo. He de reconocer que la jovencita no es como para... Está bien, ya me callo. Pero veremos lo que dice el médico.

El médico dijo bastante, pero Keller no le hizo caso. Ayudado por una enfermera se vistió y aun cuando notó un ligero mareo, producido por la pérdida de sangre, bajó hasta el coche policíaco. Un momento después partían para la jefatura.

Un hombre alto, de pelo que en su juventud había sido muy rubio, pero que ahora era plateado, les esperaba en el despacho de Beaton. Keller se lo presentó. Era el delegado del Tesoro en la capital del Estado, Sorensen.

—¿Cómo está, Keller? —preguntó.

—Me encuentro bien.

—No lo creo. Pero ¿se encuentra en condiciones de poder resolver este asunto?

Sus ojos azules examinaban a Keller con fijeza.

—La muerte de Lester ha sido una bomba. No quiero ocultárselo. Lester estaba considerado como un futuro senador nacional. Y se sabía que era incorruptible.

—Estoy haciendo lo que puedo, señor —respondió Keller secamente—. Sólo necesito encontrar a un hombre y éste me llevará a Marino con toda seguridad.

—Lo sé. Me han dado una copia del informe. Ha sido una casualidad que al seguirle los pasos a Marino hayamos tropezado con ese individuo, el asesino. Y ya sabe usted cómo se tiran los periódicos sensacionalistas sobre esta clase de cosas. No quiero ocultarle que he venido a activar el asunto. Antes de que comiencen los escándalos. Nos interesaría meter el diente a Marino antes de que se comiencen a alzar los telones.

—Estuve muy cerca anoche del asesino de Lester. Muy cerca, señor, y si la próxima vez no afina más la puntería, seré yo quien le dé a él.

—Vivo, naturalmente, Keller. Lo necesitamos vivo.

—Vivo, desde luego señor.

—Supongo que no necesitará agentes nuestros.

—Con la policía bastará, señor. Pero quisiera...

Beaton lo miró y una sonrisa sarcástica cruzó rápidamente por sus labios. Pero se lanzó a ayudar a su amigo.

—Mis hombres son muy conocidos en ciertos medios, señor Sorensen. Lo que quiere decir Keller es que convendría que uno de los testigos más importantes, una mujer, estuviera vigilada por

agentes que no fueran tan conocidos.

—Ponga a ello dos o tres agentes, Keller, tiene usted carta blanca. Pero esa herida ¿no le impedirá...?

—Desde luego que no, señor —respondió el agente con decisión.

Sobre la mesa de Beaton habían ido acumulándose los informes. Los tres hombres comenzaron a examinarlos.

Uno de ellos era una lista de todos los comercios de armas que podían tener municiones para aquella pistola. Era una búsqueda a ciegas, pero muchas veces la policía se ha visto ayudada por alguno de estos recursos desesperados. Cada uno de los comercios había facilitado las señas de los compradores de munición para armas extranjeras. En total, eran tres comercios y media docena de personas.

—Cuando los hayan interrogado sabremos algo más —dijo Beaton.

—Sí, sabremos que no sabemos una palabra más —replicó Keller.

Se volvió a Sorensen.

—Señor, ¿y si volviésemos a echarle un puñado de contables encima a Marino?

—No serviría de nada. Barry tenía las cosas bien arregladas. Tan bien arregladas que yo diría que el tipo era un genio. Un auténtico genio. Nosotros le habríamos podido usar.

—Pero ganaba mucho más con Marino.

—Bien, entonces, ¿qué proponen ustedes?

Beaton puso los labios como para silbar.

Sorensen se volvió hacia él.

—Usted tiene alguna idea.

—Sí, es posible, míster Sorensen, pero si lo digo, Keller me va a dar un puñetazo en la misma mandíbula.

—Cállese —ordenó Keller.

—Bueno —dijo Sorensen—. ¿Qué se traen ustedes entre manos?

—Beaton, le pido que mantenga la boca cerrada. —Keller hablaba seriamente.

—Pero si tengo la boca cerrada, ¿cómo diablos voy a responder a la pregunta de su superior, Keller?

Sorensen sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a los dos hombres.

—Vamos, vamos, caballeros, quisiera que me explicaran lo que tienen dentro de la cabeza.

—Se trata de un cimbel, señor Sorensen —dijo Beaton.

—Un cimbel... ¿esa mujer, quizá?

Estaba mirando a Keller. Éste asintió.

—¿Por qué no quería utilizarla, Keller?

—No me gusta meter mujeres en un asunto en el que hay un asesino absolutamente desconocido que dispara sin advertir, señor.

—¿A una mujer o a esa mujer en particular, Keller?

Keller fumó durante un rato sin responder.

Sorensen se puso en pie.

—No tenemos derecho a reservarnos ningún posible triunfo, Keller. Explíquenmelo y yo mismo decidiré si lo hacemos o no.

Y a Keller no le quedó más remedio que obedecer.

—Ya veo —dijo Sorensen cuando acabó—. Bueno, no veo que debemos preocuparnos demasiado. La vigilaré bien, pero no podemos perder esa baza. Ya sabe que disponemos de muy buenos hombres en el ejecutivo. Usted mismo... Pese a que le hayan herido. A otro lo hubieran matado, probablemente.

—Ese hombre pega en el momento justo, señor, y pega fuerte. Usted mismo lo está diciendo. Hasta a mí me cogió por sorpresa.

—Sí —dijo Sorensen.

Parecía pensativo.

—Todos sus golpes han sido perfectos, hasta ahora. Golpea cuando le conviene y se escabulle. Ninguna pista más que la tarjeta de visita de la «*Parabellum*». No debería ser imposible encontrar esa pista, digo yo.

Los ojos de Keller brillaban. Sorensen lo miró esperanzado.

—¿Qué hay, Keller?

—No... no lo sé, señor. Hay algo que me anda rondando por la cabeza. Algo a lo que no puedo dar forma... Pero sus palabras me han hecho pensar en eso.

—Como a la chica —dijo Beaton ahogando un bostezo.

Keller lo miró. Aún estaba ligeramente resentido con el policía por haber hablado de Avril.

—Sí, exactamente igual que a *miss* Renton —respondió.

—Dejadme solo —dijo Marino haciendo un gesto con la mano—.

Vamos, dejadme solo.

Los dos hombres que habían estado con él hasta ese momento, fumando y dejando caer la ceniza sobre la alfombra, se dirigieron a la puerta.

Marino miró la hora en su reloj de oro y en el momento en que la puerta se cerró tras de los otros, levantó el auricular del teléfono.

Discó el número y esperó un momento.

El aparato dejó oír un carrasqueo intermitente.

Luego respondieron.

—Tengo un trabajo para usted —dijo.

Aguardó.

—¿Qué? No, no quiero obstáculos. Tiene que hacerlo y...

Una pausa.

—Tiene que hacerlo hoy mismo. Porque...

Escuchó un instante.

—¿Es que piensa fallarme? Ya ha tenido un fallo, ¿verdad? Y yo lo he pasado por alto. No me ha gustado, pero lo he pasado por alto. Así que ahora hará usted lo que le digo. Y... no me diga que no, porque lo mando al diablo.

Sus dedos tabaleaban sobre la pulida superficie de la mesa.

—Usted verá cómo se las arregla. Eso es cosa suya, por supuesto. ¿Qué? No, no a la misma persona, sino a una mujer. Una tal Avril Benton. Baila en Joey.

Esperó.

—¡Es cosa suya, le digo! Mire, no voy a perder más tiempo. Tiene que hacerlo y no vamos a hablar más.

Se colocó el auricular entre el hombre y la oreja para poder encender uno de sus puros.

—Esta misma noche tiene que hacerme llegar la noticia. Sí, esta misma noche...

Pausa.

—Fíjese bien que digo esta misma noche. Si no tiene terminado el trabajo ya puede irse buscando otro empleo.

Hubo un silencio al otro lado del hilo.

—Bien, veo que me ha comprendido. Esta misma noche. No me falle.

Colgó el teléfono.

Dio una larga chupada al cigarro. En su frente había tres arrugas

de preocupación.

Tocó el timbre y su guardaespaldas apareció en la puerta.

—Vamos al Joey —le dijo.

A las once de la mañana el *cabaret* presentaba el aspecto de un campo de batalla, con las mesas y sillas revueltas y colocadas unas encima de otras.

Trolley, vestido con su atildamiento habitual, les salió al encuentro tan pronto como le avisaron de su llegada.

Marino se le quedó mirando fijamente.

—Quiero hablar con esa chica —dijo—. Supongo que estará ensayando.

—Avril no ensaya nunca. En realidad no lo necesita.

—Todo el mundo necesita ensayo —respondió Marino exasperado.

—Ella no, señor. Su número es bueno, pero tiene poco que ensayar. Esas piernas lo dicen todo.

—Quiero hablar con ella, no escucharle a usted decir tonterías. Vamos llámela.

Cinco minutos después *Trolley* colgó el teléfono. En su rostro se advertía claramente el temor.

—No está en su casa. Dice la dueña que se ha marchado temprano.

Marino dio un golpe sobre una mesa y un cenicero azul de cristal sueco saltó y cayó al suelo.

—¡Cómo tengo que decir las cosas!

Cuando se excitaba mucho volvía a su lengua vernácula, conscientemente.

—¡Quiero hablar con esa condenada fulana!

Pero no fue posible encontrar a Avril Renton.

Había salido de su casa sin dejar dicho dónde iba, y eso era todo al parecer. Casi al amanecer.

Marino, con los ojos brillantes como un par de azabaches, se encaró con su guardaespaldas.

—¡Necesito a esa mujer antes del mediodía! —dijo—. ¡La necesito!

Un reducido número de personas miraba curiosamente desde una prudente distancia, a través de una puerta abierta. Las mujeres de la limpieza y uno o dos músicos con sus instrumentos en la

mano. Marino se volvió hacia ellos.

—¿Qué hace ahí todo ese grupo de paletos? —preguntó tormentosamente.

Trolley le puso la mano sobre un brazo y le llevó hasta el centro del despacho.

—Todo se arreglará, míster Marino —dijo apaciguadoramente. Y en voz baja agregó—: Esta mañana ha estado aquí un hombre haciendo preguntas. Era un policía y parecía muy interesado en lo que ocurrió anoche. Ya recordará, aquel tipo que...

Marino apretó las mandíbulas.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

—Quiero decir que... Pero bien, míster Marino, eso es usted quien mejor lo puede decir. No conseguiremos nada atrayendo de nuevo la atención sobre el Joey. No podemos saber si ese hombre venía o no por su propia cuenta, ¿no es cierto?

—Ocúpese de la muchacha y yo me ocuparé de lo demás.

—Sí, señor.

Marino salió del Joey y subió a su automóvil. El hombre que se sentaba al volante volvió hacia él la cabeza.

—He visto a uno de los hombres de Timmy —dijo—. No importa que hayan localizado al hombre que intentó matar al policía. Nunca podrán saber para quién trabajaba. Murió muy a tiempo.

Sonreía. Pero Marino no.

—Muy listos todos, ¿eh? Muy listos, pero ese tipo sigue vivo aún. ¡Bastardos! ¿Quién os pagaría si yo dejara de hacerlo? Bastardos, eso es lo que sois, pero otro fallo y...

El chófer no respondió. Metió el acelerador a fondo y el coche dio un salto que envió a Marino al fondo del asiento. Cruzaron como una centella delante del edificio Charleston y enfilaron De Soto.

Pero no fue sino hasta aquella tarde cuando la niebla avanzaba como una marea desde el Sillatoe, cuando Marino volvió a saber de *miss* Renton, nacida María Boritski. Y fue en unas extrañas circunstancias.

Avril se apeó del micro de Tuskalosa a las cuatro de la tarde. Sentía hambre y deseaba darse un buen baño, y aun cuando eso no se lo confesaba tan claramente, quería ver a cierta persona. El

hombre que bajó tras de ella la rozó con el codo, pero la muchacha sintió aquel roce como una orden. En realidad era una orden.

—Yo voy —dijo en voz baja—. Al y al cabo estamos otra vez aquí, ¿no?

El hombre no respondió. Sus ojos azules ni siquiera la habían mirado, pero ella estaba segura de que no perdería uno solo de sus movimientos.

En coche negro, cerrado, con cortinillas, esperaba a la terminal del micro. El hombre subió y a él y la joven se dirigió hacia uno de los taxis. Sin necesidad de volverse, sabía que la seguirían a todas partes.

—Malditos policías —dijo cuando el taxi arrancaba. Le temblaban los labios de rabia y de miedo. Porque la verdad es que María Boritski tenía miedo.

El taxi se detuvo a una manzana de la Cámara de Comercio, en Main Street. La joven pagó y entró en el edificio Almonastir. En el vestíbulo, junto al mostrador de recepción, antes de entrar en el salón de exposiciones de modelos, se detuvo un momento.

Un hombre cuyo gabán pendía de sus hombros, se acercó a ella. Pudo ver también que algunos oíros haraganeaban cerca, sin nada en qué ocuparse, al parecer, pero ya no podía engañarse. Todos, todos ellos eran policías. Una extremada sensación de desaliento la atenazó.

—Sígueme —dijo el hombre sin mover apenas los labios.

Y lo siguió hasta el ascensor. Luego al primer piso, al restaurante Almonastir, dividido en reservados que se podían cerrar desde dentro y que podían alojar a cuatro personas solamente.

—No creas que me gusta este lugar más que a ti —dijo Keller secamente—, pero tú me has obligado a ello. ¿Por qué has huido?

A Avril le hubiera gustado tener algo contundente en la mano en ese momento.

—Porque estaba harta de todos vosotros, partida de carniceros —dijo con los labios apretados—. Por eso y porque creo que no será mucho pedir que una chica intente ganarse la vida sin necesidad de que se preocupen de ella doscientos policías y media docena de criminales. ¿Te parecen pocas razones?

Keller la miraba fijamente. Durante casi cinco minutos reinó un silencio que sólo interrumpía el agitado respirar de la muchacha.

Por fin Keller dijo:

—Lo siento.

No fueron las palabras, demasiado usadas, sino el tono lo que quebró la resistencia de la joven. Ésta apoyó la cabeza entre las manos y dos lágrimas se desprendieron pesadamente de sus párpados.

—¿Te importaría repetir eso?

—Lo siento.

Y le alargó un pañuelo. Avril se limpió con él y se lo devolvió manchado de rímel.

—No volveré a hacer ninguna tontería por el estilo. Te lo prometo. Pero estaba tan irritada anoche que me pareció que lo mejor que podía hacer era largarme lo más lejos posible... Yo... yo... bueno, ¡di algo!

Keller se sentó junto a ella y le pasó un brazo sobre los hombros.

—Me echaré a llorar —le advirtió ella—. No estoy acostumbrada a que me mimen.

—Llora todo cuanto quieras.

El camarero del Almonastir abrió la puerta y los miró impasible.

—Traigo sus bebidas —dijo—. Y por cierto un tipo pregunta por usted. Está ahí afuera.

CAPÍTULO IX

Keller se sentó ante su mesa y tocó un timbre. Uno de los agentes apareció en la puerta, al mismo tiempo que dejaba paso al inspector Sorensen.

—Noticias de Washington —dijo—. Aun cuando no sé si le servirán a usted de gran cosa.

Le tendió un papel. Keller lo leyó de un tirón.

—Buen trabajo, aun cuando le parezca a usted que no.

Sorensen se sentó ante la mesa y se reclinó en el respaldo de la silla.

Llamaron a la puerta. Beaton entró en el despacho del agente del Tesoro.

—¿Llego a tiempo?

Keller le señaló una silla. La lámpara iluminó las caras de los tres hombres.

—Primero —dijo Keller— tenemos un hombre que comete ciertos asesinatos necesarios para Marino, con una pistola alemana que requiere una munición especial, y que nos indica que es el mismo hombre que en Europa cometió un asesinato. Son pruebas circunstanciales, sí, pero para mi irrefutables. El hombre que espero encontrar cuando hablemos al asesino es el mismo capitán de intendencia que asesinó a un oficial de información y posiblemente a un coronel del V.º ejército.

Hizo una pausa.

—Segundo: Ese hombre, ese asesino, se mueve, no hay que dudarlo, en los mismos círculos que nuestros principales sospechosos. Ahora bien, no lo veo como uno de los pistoleros de Marino. Además, me ha demostrado que no lo es. Todos ellos estaban vigilados, ¿no es así, Beaton?

Éste asintió.

—Sí. El hombre que fue a matarlo a su departamento era un

simple jaco de alquiler, un pobre drogado. Trabajador en pequeña escala.

—Tercero: Un hombre no puede pasearse por la calle, por todas partes, con una pistola tan grande como una «*Parabellum*» en el bolsillo de la chaqueta, ¿verdad que no?

Beaton movió la cabeza negativamente.

—Debe llevarla en algún sitio, y aquí viene la pregunta clave: ¿Dónde?

—Debajo un gabán —dijo Sorensen.

—Posible, pero no probable. Podría verse obligado a dejar el gabán en alguna parte. ¿Algún bolsillo especial? El peso de esa arma lo denunciaría igualmente. No, amigos, ese hombre lleva la pistola en algún lugar que no está encima de su cuerpo.

—Tal vez —dijo Sorensen.

—Casi seguro, señor. Y ahí, en ese papel, tienen ustedes la contestación.

Los dos hombres se inclinaron sobre el mensaje de Washington y comenzaron a estudiarlo línea por línea.

—No veo... —comenzó Beaton.

—Yo creo que sí —dijo Sorensen poniéndose en pie—. Keller, si ha acertado usted, me encargaré de que el secretario lo felicite personalmente.

—Gracias.

—Bien —dijo Beaton resignadamente—. ¿Vamos a hacer algo?

—Ya lo creo que sí —respondió Keller—. Lo estamos haciendo ya.

Marino, sentado ante su amplia mesa de despacho, sobre la que solía haber muy pocos papeles, miraba concentradamente ante sí. Cuando se abrió la puerta, después de un golpe dado en la parte de afuera, levantó la vista.

—Aquí está la chica —dijo el hombre.

La muchacha pasó. Llevaba un gabán gris que disimulaba perfectamente sus formas, pero que no podía ocultar su extraña cara triangular, felina y sus ojos verdes. Al verla, Marino sintió la casi olvidada ya sensación de rejuvenecimiento.

—Bien —dijo el italiano—. Bien...

—Vengo a pedirle protección —dijo la muchacha. Caminó hasta

la mesa de Marino y apoyó en ella las manos enguantadas, sin dejar de mirar fijamente al hombre.

—Y... ¿contra quién? —preguntó Marino haciendo una ligera mueca.

—Contra alguien que me quiere matar. Hoy han intentado acabar conmigo.

Marino se puso lentamente en pie.

—Y... ¿quién ha querido matarte?

—No lo sé.

Marino dio vuelta a la mesa sin dejar de mirarla. Esta vez ella no trató de retroceder ni de interponer obstáculo alguno entre ambos.

—¿No lo sabes?

—No, pero tengo miedo.

Entonces, Marino la abofeteó.

Ella retrocedió un paso. Sus ojos se oscurecieron por la ira. La mejilla se le había puesto roja.

—Vas a aprender que con Marino no se juega. Lo vas a aprender, mujercuela. ¿Dónde has ido? ¿Dónde has estado? Vamos, responde o voy a hacer que te arrepientas de haber nacido.

La joven se desabrochó lentamente el gabán. Los ojos del hombre siguieron sus movimientos. Su respiración se aceleró, Avril llevaba un traje muy ceñido que no dejaba gran cosa a la imaginación.

—He huido porque no quiero que me maten —respondió la joven pausadamente—. Pero ya veo que es inútil. Está bien. Lo diré a la policía.

—¿Qué es lo que les dirás?

La puerta se había abierto silenciosamente. Uno de los hombres de Marino apareció en el umbral.

—Diré que quiero protección. Que no quiero que me maten. Que soy muy joven aún para morir.

Lo cogió por las solapas.

—¿No lo entiende? ¡No quiero morir!

—¿Por qué te quieren matar? —preguntó Barty desasiéndose del enervante contacto—. No se mata a la gente por nada. ¿Por qué crees que quieren matarte?

—Por lo que pueda saber sobre la muerte de Barry.

Marino echó una mirada a su hombre. Éste entró en la

habitación y se dirigió hacia ellos, siempre en silencio.

—Pero ¿sabes tú algo sobre la muerte de Barry?

Pudo leer en sus ojos el cálculo y de nuevo sintió en sus venas el lento y pesado correr de la sangre revigorizada por la presencia de la joven.

—Vamos, responde. ¿Sabes algo?

—Patrón —dijo la voz del hombre.

Ella se volvió sobresaltada.

—Han seguido a esta fulana, patrón. Timmy ha visto un coche en la esquina.

Marino dirigió la mirada de uno a otra.

—Yo... —dijo ella—. ¿Lo ve? Alguien me sigue y alguien quiere matarme.

—Pues no debes temer nada, porque esos de ahí abajo son de la policía —respondió el hombre de Marino.

—Como verás —dijo Marino— no debes temer nada. La policía no anda por ahí matando chicas. ¿No es verdad, Johnnie?

—Verdad, jefe. Puedes irte tranquila, paloma.

—Sin olvidarte —agregó Marino— de tomar una copa conmigo. Oh, no te preocupes, no pienso volver a empezar. La otra noche me diste una lección, chiquita. Los tipos de mi edad debemos dedicarnos a cosas más serias que a perseguir chicas guapas, aunque si alguna nos hace frente... ¿Quieres tomar una copa? En cuanto la tomes puedes marcharte, ¿eh?

La joven se quitó el gabán. Sus ojos brillaban.

—Tomemos esa copa, míster Marino. Pero será por poco tiempo. Tengo mi número en el Joey.

—Yo te llevaré después en el coche, chiquita. No debes preocuparte por eso, ¿verdad, Johnnie? No debe preocuparse.

—Verdad, jefe.

Y ambos se sentaron en el diván mientras Johnnie servía las copas.

El automóvil se detuvo ante la casa de Avril. La joven abrió la puerta y se apeó, Marino lo hizo tras de ella. Avril Renton estaba extrañada. Marino se había limitado a servirle la copa, pero no había intentado siquiera cogerle una mano. Y aquello no parecía normal en absoluto. Ella sabía que el hombre la deseaba y el tipo no era de los que reprimen los deseos.

Tenía los nervios en tensión, pero logró llegar hasta su cuarto sin aparentarlo. Se encerró y se sentó ante la minúscula mesa. Aún seguía en esa postura cuando llamaron a la puerta.

Se sobresaltó. Fue a ella y preguntó. Una voz bien conocida llegó a sus oídos y dio un suspiro de alivio.

Abrió. Lenny Milos estaba en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Ella se apartó. El violinista entró y se sentó en la silla.

—Estoy cansado y me duelen los pies —dijo—. Creo que ya soy viejo para estar tantas horas de pie.

Ella lo despeinó con afecto.

—¿Viejo, tú?

Comenzó a desnudarse rápidamente, mientras él se volvía de espaldas. Siempre lo hacía así, sin que a la joven le importase, por otra parte, que la viera en ropa interior.

—Tus amigos andan preguntando cosas por todas partes —dijo él.

—¿Mis amigos?

—Los policías.

—¿Eres tonto? ¿Por qué dices mis «amigos»?

—Es una manera de hablar. Quiero decir, tus viejos conocidos, los policías.

—No seas tonto. Y seguirán preguntando mientras Joey exista y Marino sea lo que es.

—¿Y qué son Marino y Joey?

—Decididamente hoy no es tu día, Lenny. Me parece que estás un poco espeso.

Se alisó las medias negras sobre las piernas y examinó su obra críticamente. De pronto suspiró y el violinista se volvió hacia ella.

—¿Qué te ocurre?

La joven fijó en él sus ojos verdes, pero no lo veía, en realidad.

—Lenny, ¿no sientes a veces ganas de limpiarlo todo de un escobazo? De hacer tabla rasa de todo, de cambiar la faz del mundo, de colocar arriba lo que está abajo, y al revés, aunque sólo sea por cambiar un poco.

—¿Tú sí?

—Te juro que en este momento, sí. Sí, y me gustaría además olvidarme de todo lo que he sido, de ser una persona

completamente nueva. Ya sabes, como esos que han perdido la memoria. Vuelven a empezar su vida y se acabó el pasado. Eso es lo que yo quisiera hacer.

—Puedes perder la memoria, si quieres.

Ella pareció darse cuenta de que no estaba sola.

—Pero ¿qué diantres te pasa, Lenny?

—Quiero decir que puedes hacer como si hubieras perdido la memoria.

Los ojos oscuros del violinista estaban fijos en ella, con aquellas arruguillas alrededor de los párpados, que le daban tan curioso aspecto de cansado.

—¿Puedes decirme cómo, tesoro?

—En un lugar de las Montañas Sangre de Cristo tengo una casita. La compré hace algunos años y la he ido amueblando poco a poco. No es lujosa, pero sí confortable. Está a diez millas del pueblo más próximo, a diez minutos en coche, rodeada de pinos y cerca de una carretera de montaña. Tiene agua de pozo y luz eléctrica. Allí hay libros y discos. Y mi violín. Allí podrías olvidarte de todo. Perder la memoria.

—¿Quieres decir que me dejarías la casita? Lenny, eres un cielo, pero no podría aceptarla. La necesitarás tú.

—Es que... pensaba ofrecerte que la compartieras conmigo.

—Me parecería muy bi... ¿qué has dicho, Lenny?

El bajó los ojos un momento. Luego los alzó y la miró de frente.

—Pensaba pedirte que te casaras conmigo, Avril.

—Pero... ¡Lenny! Pero... si podrías ser mi...

La muchacha se detuvo. Los ojos del violinista le decían que éste no estaba bromeando.

—Tu padre, ya lo sé. Pero te ofrezco un poco de seguridad. La seguridad de no tener que exhibirte noche tras noche ante esa partida de bribones enojados. Creí que estabas harta de eso.

—Lo estoy, Lenny, pero... No, no me importaría en absoluto que fueses unos años mayor que yo...

—Más de veinte. Más.

—Los que fueran. Es que... es sencillamente que... Lenny siento tener que decirte esto, pero me has cogido tan de sorpresa... Lo siento, lo siento de veras, tesoro, pero yo no me podría casar contigo... Bueno, lo que quiero decirte es que hay otra persona...

Bien, tú lo conoces...

—El policía.

—Sí, bueno, en realidad es un agente de...

—Comprendo —dijo Lenny.

—Lenny, quiero que sepas...

—Comprendo, Avril, comprendo. Te lo aseguro. Bien, mis felicitaciones...

—No estoy aún segura de si él y yo...

Los ojos del violinista no se apartaron de los suyos. En ellos leyó que no la creía. Y en ese momento llamaron a la puerta.

Lenny se levantó a abrir. Keller entró. Miró a ambos y se dirigió a la joven.

—¿Lista?

—Sí, creo que debemos...

—Marcharnos —dijo Lenny—. Yo, al menos, tengo que marcharme. Bien, te veré luego, Avril. Míster...

—Keller.

—Keller, sí. Adiós, hasta la vista. Es usted... un hombre de suerte.

Y salió. Keller se volvió hacia la joven.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó.

Ella encendió un cigarrillo y le lanzó una nube de humo a los ojos.

—Mira, agente, si te ríes te saco los ojos. Y sabes que soy muy capaz de hacerlo.

—¿Por qué me habría de reír?

La voz de Keller denotaba inquietud. Ella apoyó la mano sobre el brazo inútil y Keller la rodeó con el sano, atrayéndola hacia sí.

—Nunca te lo imaginarías. Lenny me ha pedido que me case con él y que nos vayamos a una casita que tiene en las montañas. Ya lo ves, no eres tú el único que atenta contra mi libertad. Y no te rías, porque Lenny es el mejor muchacho con que me he tropezado en mi vida.

La expresión que leyó en los ojos de Keller le extrañó.

—¿Qué diantres te pasa?

—Nada.

—¿Por qué me mirabas así? ¿No te hace gracia que Lenny quiera casarse conmigo? ¿No estarás un poco celoso, Barney Keller?

—¿Celoso? No, pero... —se desprendió de la suave presión y comenzó a caminar por el reducido cuarto.

—Vamos —dijo ella cogiendo su gabán—. Creí que sabía una o dos cositas acerca de los hombres, pero... —Se detuvo y con una timidez absolutamente impropia de ella, añadió—: Perdona, Barney, pero si no quieres que hablemos del asunto...

Keller la miró de nuevo con la misma extraña expresión. Luego, dijo:

—Vamos, se está haciendo tarde.

Abrió la puerta. Ella, ligeramente decepcionada, salió. Era cierto. Él no había dicho que «quisiera casarse con ella», sino que «le gustaba». Pueden ser dos cosas completamente distintas.

Lenny Milos se detuvo al final del patio y miró hacia arriba. Vio las siluetas de ambos, muy juntas, a través de la ventana sin visillos. Luego caminó por el estrecho pasadizo hasta llegar a su habitación. Cogió el estuche del violín y se dirigió hacia el Joey con la cabeza baja.

CAPÍTULO X

Las luces se encendieron sobre el tablado, y la pierna de Avril comenzó su trabajo diario.

Marino encendió un grueso cigarro. Lo tiró al suelo, porque sus labios estaban húmedos y el cigarro no tiraba.

Keller dejó su rincón y se aproximó lentamente al guardarropa. Uno de sus hombres, vestido de etiqueta y acompañado por una joven auxiliar de la policía, le hizo un rápido gesto al pasar. Todo estaba previsto.

Y sin embargo, Keller tenía miedo.

Tras de agitar la pierna con pausados movimientos, Avril apareció por entero. Los focos espejearon en la tersa piel desnuda de sus brazos y hombros. Un aplauso corrió como un reguero por el salón.

Marino se incorporó en su silla, mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Beaton apareció junto a Keller.

—¿Qué hay? —preguntó.

Entonces se apagaron las luces.

Por un momento reinó el silencio de la sorpresa. Luego, una mujer pidió en voz alta que si aquello formaba parte del espectáculo.

Luego, restalló el disparo.

Alguien gritó agudamente. Otros corearon el grito.

Unos encendedores iluminaron fantasmalmente pequeños círculos en los que se veía tan pronto una cara crispada, una mano cerrada, un ojo redondo y espantado...

Luego, tan inesperadamente como se habían apagado, las luces volvieron a encenderse.

Keller, jurando, se precipitó hacia el escenario, hendiendo las filas de cuerpos.

—¡Que no salga nadie! —aulló Beaton mientras varios de sus hombres taponaban las puertas—. ¡Que nadie se mueva! ¡Calma!

María Boritski estaba pegada a la cortina, casi envuelta en los pliegues de ésta.

—¿Estás herida? —preguntó Keller ansiosamente.

—No —respondió la joven—. Pero en nombre de Dios, ¿qué ha ocurrido?

Él la tomó del brazo y corrió por el pasillo que llevaba al camerino. La dejó en pie, pero no aflojó el brazo.

—Me haces daño. ¿Qué te ocurre?

—Por un momento, por un momento...

—¿Qué?

—Por un momento pensé que te habían matado.

Beaton apareció en la puerta del camerino.

—¿Está bien la chica? Sí, ya veo que sí. Y usted también.

Keller se volvió hacia él.

—¿Quién fue? ¿A quién han matado?

—Uno de los guardaespaldas de Marino. Le han metido una bala en los sesos.

Los ojos de Keller brillaron.

—Mi paga de un mes a que se trata de la bala de una «*Parabellum*» con una de las espirales cortada.

Beaton se encogió de hombros.

—No iba a apostar con desventaja. Y creo que sí. Si es cierto, tenemos a *Parabellum* entre las manos.

Keller besó a la joven y ordenó que la llevaran a su casa, pese a su resistencia.

El pistolero de Marino yacía derribado en el suelo con la cabeza apoyada contra la pata de una mesa. Se había hecho el vacío a su alrededor y las mujeres no chillaban ya. Keller se volvió a Marino.

—Queda usted detenido —dijo—. Beaton, dígaselo.

—Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en contra suya —dijo Beaton.

—¿Qué diablos me está...? ¿Me va a acusar de haber matado a mi amigo? Oiga, bastardo...

Keller le dio un golpe en la boca. Una mujer suspiró detrás de ellos.

—Cierre los sucios morros o se los cierro yo. Ya puede ir

recordando el número del senador Ralston porque le va a hacer falta. Llévenselo. Acusado de asesinato.

Dos policías cogieron a Marino por los sobacos y le sacaron a rastras casi, mientras el italiano gritaba descompuesto.

—Bien —dijo el inspector de policía—. Vamos a comenzar. Una de esas caras que nos están mirando corresponde a Tormos *Parabellum*. Eh, oiga, Keller, ¿es que no le interesa?

—Me interesa más saber si *miss* Renton ha llegado a su casa con absoluta novedad.

Y comenzó el registro. Cuando acabó, todos los hombres presentes habían sido manoseados a conciencia y las mujeres escrupulosamente examinadas por dos matronas policíacas.

Nada.

Es decir, varios estuches de plástico conteniendo cocaína, morfina, cigarrillos de marihuana y varias cargas de L.S.D.

Pero ni rastros de la «*Parabellum*». La frente de Beaton era una pura arruga cuando se volvió hacia el hombre del Tesoro. Los sospechosos habían ido desfilando tras haberse comprobado sus señas y sus identidades.

—Nada —dijo incrédulamente—. Debió de escapar en los primeros momentos. No hay otra solución.

Miró a Keller y gruñó:

—¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿Es que no se da cuenta de que se nos ha vuelto a escapar de entre las manos?

Keller le puso la mano sobre el hombro.

—Vamos al auto. Sorensen nos debe estar esperando.

—¿Qué diablos tiene usted en las venas? ¿Soda?

Pero le siguió. En un coche negro, parado junto a la acera, estaba Sorensen. Estrechó las manos de ambos y se retrepó en el asiento.

—¿Todo bien? —preguntó a Keller.

—Todo bien —fue la respuesta—. Al menos, eso es lo que creo.

—Todo, todo bien —coreó Beaton—. *Tout va tres bien, madame la mar quise*, o algo así, ¿no? Salvo que...

Keller se volvió hacia él.

—¿Por qué cree que le he mandado detener a Marino?

—Me rindo, me rindo, dígamelo usted.

—Para meterlo en la cárcel, sí, pero para salvarle la vida

también.

—¿Salvarle la... qué? —chilló Beaton en falsete.

—La vida. ¿Cree usted de veras que a quien pretendía matar *Parabellum* era a un simple y estúpido lacayo de Marino?

—Pues si no quería hacer eso... Está bien, ya le he dicho que me rindo. Soy un policía de pueblo y me pondré a patrullar las calles.

—*Parabellum* ha disparado sobre Marino, pero éste había cambiado de silla. Eso le salvó la vida.

—Pero ¿por qué? ¿No era el que le pagaba? Yo me voy a volver loco.

—Eso lo vamos a saber esta misma noche.

—Pero bueno, usted quiere que no llegue yo a viejo y lo va a conseguir.

El automóvil había echado a rodar. Apenas habían cubierto dos manzanas, cuando Keller le ordenó al chófer que se detuviese. Abrió la portezuela y se volvió a los otros dos.

—¿Listos, señor?

—Listos, Keller. Puede ir tranquilo.

Y Keller echó a andar entre la niebla. Beaton se volvió a Sorensen.

—No quiero ser pesado, pero ¿adónde va?

—De caza, inspector. Una caza que puede ser muy peligrosa. No se preocupe, lo va a saber enseguida.

El chófer del auto comenzó a hablar por radio, dando instrucciones. Sorensen comenzó a hablar a Beaton.

La irlandesa se alejó, cerrando la puerta tras de sí. Avril se sirvió una copa de *whisky* y la apuró de un trago. Luego inició un paso de baile.

—Muchacha, no puedes quejarte por el momento —dijo en voz alta—. Aquel día, cuando alguien llamó a la puerta del cerdo de Barry, se metió en tu vida el elemento casualidad, el elemento perturbador y...

Oyó un ligero crujido en la ventana y miró hacia ella. Al principio no vio nada, deslumbrada por la luz del interior. Luego distinguió una sombra un poco menos oscura.

Se acercó a la ventana. El corazón le latía violentamente, pero no tenía miedo.

Pero... allí afuera había algo, y algo hubo de haber cuando Barry abrió su puerta y algo también cuando Keller fue herido en un brazo. Como ahora, ¿quizá?

Un escalofrío le corrió por la espalda. Se apartó lentamente de la ventana. El ruido, se repitió. Algo pálido estaba golpeando el cristal. Una mano. La joven tragó saliva.

Y entonces vio quién estaba al otro lado. Lenny Milos. Con un suspiro que era casi un sollozo, levantó la ventana y el violinista pasó al interior. Traía el cuello del gabán levantado y el estuche del instrumento en la mano. Había subido por la escalera de incendio.

—¿Dormías? —preguntó.

Ella movió la cabeza negativamente. Le sirvió una copa y el músico la apuró de un trago. Su cara, pálida, por lo común, se coloreó algo.

—¡Qué noche! —dijo ella—. ¿Cuándo has llegado a casa?

—Hace un rato. ¿Puedes darme otro trago?

—Claro que sí, tesoro.

Se lo sirvió y él volvió a beberlo de la misma manera. Avril se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa.

—¡Ay, Lenny, Lenny! ¿Dónde están las nieves de antaño?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él mirándola sobre el borde del vaso.

—No hemos sido malos amigos, ¿verdad?

—Espero que no.

—Sea como fuere, se ha acabado. Se acabó Joey para mí.

—Creo que para todos.

—Ese cerdo... ese asqueroso de Marino no creo que pueda volver a dirigir la ciudad como lo hacía, ¿verdad?

—No lo sé. No me importa.

—¿Quieres otro trago?

—Ponlo y no seas tacaña.

Ella le sirvió. Luego se paró, con la botella a medio camino, antes de que él cogiera la copa.

—¿Por qué no has entrado por la puerta? —preguntó.

—No tenía ganas de ver a tu irlandesa. Preferí venir por el patio. Me duelen los pies y estoy pensando que ha llegado para mí la hora del retiro, Avril.

—Mi nombre no es Avril, Lenny. Me llamo María. ¿Qué piensas

hacer, Lenny?

—Pienso en mi casita del bosque de pinos. Como tu nombre, yo no soy llamativo ni brillante, pero sí seguro. Y pienso que quizás quisieras compartir esa seguridad.

—Lenny...

Ella le puso la mano sobre el brazo y se sorprendió. El hombre estaba temblando.

—Lenny, ¿qué te pasa? Ya te dije que me sentiría muy honrada compartiendo contigo todo eso, te lo aseguro, y si me lo hubieras propuestos hace una semana lo hubiera aceptado saltando y triscando de alegría, pero ahora... ¿Por qué los mejores tenéis que llegar siempre tarde?

El brazo continuaba temblando.

—Nada. No es nada. María.

La cara del hombre se había puesto nuevamente pálida. María lo miró aprensivamente.

—¿Te sientes mal, Lenny?

—No... es... ¡bah! No tiene importancia. De vez en cuando el corazón parece que falla, pero sólo son los nervios. Me lo dijo el médico. Eso sí, parece como si me fuera a morir, pero no me voy a morir. Eso también me lo dijo el doctor.

Le puso las manos sobre los hombros y la miró. Había afecto en su cara pálida y un poco contraída.

—Deseo que seas feliz, María, y lo deseo de todo corazón. Ahora cogeré el violín y me marcharé a mi casita de la montaña.

Y en ese momento ella recordó.

Keller anduvo a buen paso hasta encontrar la segunda transversal. Se detuvo y encendió un cigarrillo. Para ello hizo funcionar dos veces el encendedor. Al ver la señal, un hombre salió de entre la niebla.

—¿Pasó? —preguntó Keller.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Bastante más de una hora.

La siguiente pregunta le costó más trabajo hacerla. Tenía la lengua seca. Se la pasó por los labios con gesto maquinal.

—¿Entró?

—No. Siguió hasta el otro lado de la manzana. Nadie ha pasado

por esta puerta, Keller.

—A Dios gracias, es tiempo aún.

Desde donde ambos se hallaban veían el rectángulo iluminado de la ventana del cuarto de la muchacha. Vieron la figura de ésta, semidesvanecida en la niebla, pasar de un lado a otro.

—Está perfectamente —dijo el hombre que estaba a su lado.

Keller vio brillar algo en su mano. Debía ser el revólver de reglamento.

—¿Cuántos hombres hay entre esta esquina y la casa?

—Tres, Keller. No tiene por qué preocuparse. Ni una mosca podría haber entrado por esa puerta sin que lo supiéramos nosotros.

—Hay una ventana lateral. Creo que da a un patio de desperdicios, o algo así. Uno de mis hombres pasó a ese patio. La casa tiene escalera de incendios, pero hay que entrar por aquí...

—¿Qué es eso?

Avril Renton había aparecido en la iluminada ventana. Keller se preguntó cuándo podría estrecharla de nuevo entre sus brazos y volver a mirarse en aquellos ojos esmeralda...

Y entonces se llevó uno de los sustos más grandes de su vida.

Porque la muchacha no estaba sola. Procedentes de la parte de la habitación que ellos no podían ver desde allí, aparecieron dos brazos que fueron a posarse en su cuello.

Pudieron observar cómo la muchacha levantaba la cabeza...

—Cielos —biseó el agente, a su lado.

—¡Llame! —aulló Keller precipitándose hacia la escalera y lanzándose en plancha contra la puerta. Ésta resistió un instante, y luego, con un chirrido de la mohosa cerradura, cedió. Detrás de sí oyó los agudos silbatos policíacos y las voces de mando, pero no esperó.

Ascendió la escalera y llegó al primer piso. En todo ello había empleado escasamente diez segundos. Por eso, cuando empujó la puerta del cuarto de Avril Renton, Lenny Milos tenía aún apoyadas las manos en los hombros de ésta.

El violinista se volvió hacia él y aquella cansada expresión desapareció de sus ojos. Dejó a la joven, que en ese momento se volvía para ver el origen, de la interrupción, y cogió el estuche del violín que había dejado sobre la mesa.

No llegó a terminar el movimiento. Keller sacó la pistola y

disparó dos veces sobre él. Lenny dio una vuelta sobre sí mismo y se derrumbó en el suelo, con una mueca en la faz grisácea.

—¡Barney! —gritó la joven llevándose las manos a la garganta.

—¡Apártate! —ordenó Keller—. Apártate de ese asesino. ¡Pronto!

Le dio un empujón y la joven cayó de rodillas, junto al cuerpo de Lenny. Éste abrió los ojos. Su mano aún sujetaba el estuche del violín. Keller le dio una patada y lanzó el estuche contra la pared.

Los ojos verdes se posaron primero en el músico herido y luego en Keller.

—Eres un asesino —dijo concentradamente—. ¿Por qué...?

—Adiós, Avril —dijo Lenny. Y una bocanada de sangre se escapó por entre los labios entreabiertos y le manchó la almidonada pechera de la camisa—. A... di... ós.

Murió.

La habitación se había llenado de hombres de paisano y de uniforme. Sorensen y Beaton se abrieron paso y se quedaron contemplando el cuerpo. Keller abrió el estuche.

Dentro, junto al violín, en una funda, estaba la «*Parabellum*».

—Ese hombre —dijo Beaton—. Esa cara la conozco yo.

—Es *Parabellum* Tormos —dijo Keller poniendo a la joven en pie.

—El músico del Joey —dijo Beaton—. ¿Quién podría decirlo? Por eso fue por lo que logró escapar.

—Como aún no le tocaba el turno de comenzar con la orquesta, se apostó junto a la luz. La apagó, disparó y salió huyendo antes de que nadie pudiera impedirselo —dijo Keller. Se volvió a la muchacha y añadió—. Lo siento.

—¿Por qué lo mataste? —preguntó ella.

Keller se enfureció.

—¿Por qué? ¿Qué querías, que le dejase asesinarte?

—¿Matarme? ¿Matarme Lenny a mí? —preguntó ella—. Pero... ¡anormal! Loco, si lo que estaba haciendo era pidiéndome que me casara con él.

—¡Yo mismo vi cómo intentaba ahogarte!

Keller comprendió, de pronto. Una oleada de sangre afluyó a su cara.

—Yo... desde abajo vi cómo te cogía... Parecía exactamente

que... Lo siento, eso es todo. Un hombre que estaba conmigo puede asegurarte que todo parecía como el preludio de un asesinato.

—Pobre Lenny —dijo la muchacha.

Los hombres formaban un corro alrededor de la escena.

—Un pobre hombre con cinco o seis asesinatos, que sepamos, encima —dijo Beaton—. Sí, un pobre infeliz, seguramente. Un infeliz que podía pasar por donde quisiese. Nadie se fijaría ni sospecharía de un músico que vuelve a casa arrastrando los pies, cansado, y que a lo mejor tiene mujer e hijos. Y así es como se nos escurría de entre las manos, con su pistola en el estuche. Un infeliz.

—¿Cree usted que no lo supe? Justo en el momento en que me habló de que iba a coger el violín, recordé lo que hasta ahora no había podido recordar. Fue el vibrar de una cuerda de violín lo que oí en casa de Barry. Pero, idiotas, ¿me iba a matar a mí? ¿Él? Lo supe, sí, pero él jamás me habría hecho el menor daño.

—Y... —preguntó Keller suavemente—, ¿puedo saber lo que pensabas hacer cuando recordaste? ¿Podemos saberlo?

La joven se enfrentó al círculo de caras que la rodeaba.

—¿Qué iba a hacer? Decirle que huyese, naturalmente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sorensen Se volvió para ocultar una sonrisa. Beaton y Keller carecían de aquel sentido del humor.

—Que me aspen —comentó el policía. Keller la cogió del brazo y apretó.

—Cállate ya. Cállate ahora mismo. No vuelvas a abrir la boca.

La joven comprendió que hablaba en serio. Beaton se abrochó el gabán.

—Vámonos —dijo—. Por cierto, ¿qué fue lo que le dio a usted la clave? Ah... bien, creo que ahora recuerdo.

—Tormos era muy aficionado a la música. Así lo decía en el informe —dijo Sorensen dirigiendo una última mirada al cuerpo de Lenny—. Bien, asunto acabado. Vámonos, inspector. Supongo que Keller nos seguirá enseguida.

Keller se agachó y registró rápidamente el cuerpo del violinista. En el bolsillo del interior de la chaqueta había un sobre. Lo abrió. Sus ojos se abrieron mucho según iba leyendo.

—Sorensen —dijo—. Beaton, miren esto. El hombre no sólo era un asesino listo. Era un hombre listo. Ahí está la declaración contra

Barty Marino. Como todos los que se encuentran con un pie aquí y otro allá, llevaba las pruebas encima por si algo le ocurría alguna vez. Tenemos a Marino. ¡Lo tenemos!

María Boritski dijo:

—Pobre Lenny.

—¡Cállate!

—Creo que siempre pensaré en él como en mi amigo y no como un...

—¡Cállate he dicho! ¡No digas una sola palabra más!

—Creo que voy a descomponerme, Barney... creo que...

Corrió hacia el cuarto de baño.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

